

A L I C I A B L O O M



LA NIÑERA
de Papá

SERIE DE ROMANCE ERÓTICO

LA NIÑERA DE PAPÁ

Novela Erótica Romántica

ALICIA BLOOM

Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

Primera parte: Lazos rotos

Una perdida insoportable

Víctimas y soluciones

La niñera

Felicidad con fecha de caducidad

Negación

Segunda parte: cambio

Los que no quieren sentir

Falsas sensaciones

Sujetos al cambio

Sentimientos encontrados

Dos piezas completamente nuevas

Las vueltas de la vida

Tercera parte: Renovación

Irascible

Perdón

Un nuevo ciclo

Novelas Recomendadas

PRIMERA PARTE: LAZOS ROTOS

UNA PERDIDA INSOPORTABLE

Noah despertó con el extraño sabor de boca con el que siempre lo hacía cuando algo fatal sucedía, pero, a pesar de que era una cosa que experimentaba en momentos muy específicos de su vida, no se detuvo a darle el nivel de atención que requería. Tal vez, de haber sido más insistente, el resultado final hubiese sido diferente, ya que en el trabajo se la podían resolver sin ella. O en su defecto, por lo menos se habría detenido para verla por más tiempo o abrazado con mayor fuerza; pero, eso habría sucedido: si tan solo.

En situaciones semejantes, algunos simplemente sueñan las cosas y creen que eso significa algo, otros, a veces se inquietan justo antes de que algún evento desagradable suceda; Noah, lo ignoraba por completo porque nunca había relacionado ambos eventos. En su defensa, no siempre le pasaban cosas malas, pero, de cierta forma, cuando experimentaba eso las veces aisladas en las que acontecían. Dicha coincidencia y relación estrecha entre ambos acaecimientos, habría sido la diferencia. Pero ¿Quién lo culpa, aparte de sí mismo?

Karen, acababa de salir de su reposo postnatal, por lo que retomaría su oficio luego de desesperar por salir de la casa, rivalizando con el hecho de no

querer dejar al pequeño ni por un segundo. Y, ajena a aquello que despertó a su esposo esa mañana, continuó su rutina como siempre lo hacía mientras que trataba de hacer que su hijo, Nathan (quien apenas disfrutaba de un año y un poco más), dejase de llorar. Los Lozito tenían un estilo de vida sencillo y se encontraban a gusto con el entorno en el que vivían, ya que nada ni nadie parecía ser capaz de perturbar esa tranquilidad a la que estaban tan acostumbrados.

Días antes, luego de interiorizar que estaría un día entero sin ella después de acostumbrarse a tenerla cerca siendo la mejor madre del mundo, Noah, se dedicó a decirle que se quedara, ya que no se concebía sin ella por más de un segundo. Intentó e intentó, una y otra vez, incluso con resultados más inútiles que el anterior.

—Si quieres, podemos ir al parque, o ir a comer —vaciló— ¡O pedir comida!; así no tenemos que hacer nada durante el día; nos quedamos aquí, te quedas conmigo...—dijo una de las tantas veces.

—No, mi vida, tengo que hacerlo —le respondía ella cada vez que él insistía.

Su esposa había sido propuesta como la ingeniera civil de una importante obra en la zona, por lo que no podía perderse de una construcción de tal magnitud. La llamaban: «¡El siguiente Empire State!», una belleza arquitectónica que colocaría su ciudad en el mapa; perderselo sería una locura.

A su vez, por muy a pesar de que no le parecía tan mala idea el quedarse en casa aquel día, Karen estaba contenta de regresar al trabajo, por lo que mantuvo su postura. Fluctuando entre un deseo y el otro, sabía que no debía dejar pasar esta oportunidad ya que nadie más que ella debía tomar esa obra. Noah, por otra parte, consciente de que eso podría ser un gran escalón en su carrera, eventualmente decidió dejarlo pasar, ignorando por completo que, de haberlo intentado una vez más, lo habría conseguido.

Así que, como si nada, Karen salió de su gran departamento en la ciudad, partiendo a un destino sin la posibilidad de dar marcha atrás. Todo iría de

forma normal hasta que, a causa de un simple error humano, una carga de escombros mal sujeta se desprendería y soltaría su contenido dejando que la gravedad hiciera el resto del trabajo. Sin ser capaz de evitarla con éxito, ella sería golpeada con el cargamento completo que iba a ser desechado y sufriría tantas heridas de gravedad que moriría en la ambulancia que intentaría llevarla hasta el hospital más cercano. Ese día, el beso que le dio Noah a su esposa, no fue lo suficientemente largo y apasionado.

¡Qué tengas un buen día! —dijo Noah, luego de despedirse de ella—; dile chao a mami —dijo a su hijo, moviendo su pequeño brazo para pretender que se despedía también.

Su madre, deseando no tener que ir a trabajar ese día, salió del edificio mirando atrás, mientras que pensaba en todas las cosas que haría con su familia una vez regresase del trabajo. Ella sabía que, de esa forma, podría consolarse hasta su regreso.

Mamá los ama —dijo, moviendo con exageración los labios para que pudiesen leerlos, y proyectando luego, un beso para ellos, mientras que se subía al taxi, que formaría parte del último recuerdo que tendrían de ella.

VÍCTIMAS Y SOLUCIONES

Poco se necesita para quebrar a un hombre.

Para Noah, aquello no fue « poco » , sino una enorme parte del pequeño todo que tenía. De no ser por su hijo, Karen habría marcado una línea entre la cordura y la demencia que lo separaría casi por completo de la realidad. Los primeros meses, ocupaba toda su atención en los cuidados de Nathan, quien consumía gran parte de su tiempo (lo que constituía las únicas veces que se sentía medianamente humano) y a quien le hablaba constantemente de Karen, incapaz de olvidarla incluso en esos momentos.

—Si ella estuviera aquí... —decía, mientras que hacía cualquier otra labor del hogar con el niño en brazos; u otras veces, que le contaba buenas cosas al infante acerca de su madre—: Ella era una mujer grandiosa; ojalá hubieras podido tener más tiempo con ella.

Esas eran las únicas veces que pensaba en ella sin sumergirse en la nostalgia y el dolor de haberla perdido; era un ejemplo claro de que el hombre tenía la capacidad de superar su pérdida si lograba enfocarse por completo en el amor que le tenía a su pequeño; desgraciadamente, no quería hacerlo. Cuando Nathan dormía, regresaba a ese estado melancólico que lo mantenía en un constante sufrimiento; recordarla era una droga que le hacía daño pero que la mantenía viva las veces que tenía conciencia. Adicto al recuerdo, dormía con el rostro inflamado.

Pero cuando las lágrimas se secaron y las responsabilidades se comenzaron a acumular, éste se vio en la necesidad de retomar una vida a la que no quería regresar. El oficio de existir se le había hecho amargo. Se relacionaba a medias con los demás, atendiendo llamadas de forma vacía creando inquietud en aquellos con quienes trabajaba (empleados, clientes, socios). Más de una vez liberó la presión de su furia en algún alma inocente

que cometía algún error; nadie se podía salvar de su crítica mordaz y sus miradas asesinas cuando estaba enojado, estado en el que se encontraba la mayor parte del tiempo.

Despidos, pérdidas de cientos de miles de dólares, reuniones a las que no atendía y asuntos que dejaba en manos del menos preparado, lo llevaban a cometer errores que fácilmente pudo haber evitado si hubiese estado más atento a su oficio, el cual, durante esos meses, no le importó demasiado. Le era difícil mantener el margen entre su vida personal y su empleo, lo que interfirió no solo con su crecimiento personal, sino con el de su compañía. En la primera, cada tanto que se despertaba sin ella, se sentía un paso más cerca de la locura, incapaz de comprender por qué habían pasado las cosas de ese modo. Aun así, sabiendo que debía levantar la frente, en ocasiones lloraba su ausencia con fuerza, pidiéndole a cada ser divino que le devolviera su gran porción de todo. En la segunda, estaba siempre a la defensiva, perdiendo algo más que su tiempo.

Tras pasar un tiempo asistiendo al trabajo, dividía su tiempo de manera titánica, combatiendo con el hecho de que Nathan exigía cada vez más. En un principio creyó que podría soportar ambas cargas y ciertamente tenía razón, sin embargo, en el estado en que se encontraba, era prácticamente imposible para él lograrlo. Así que comenzó a atender con dificultad las necesidades de su hijo, quien poco lograban mantenerlo distraído. Sin más nadie que la familia de su difunta esposa (a quien evitaba cada vez que podía) que pudiera ayudarlo a sobrellevar la carga del duelo y de la paternidad; su nivel de estrés comenzó a aumentar.

—¿Por qué no me dejas cuidar al niño un tiempo? —insistía la abuela del pequeño—. Así podrás enfocarte en tu recuperación y tu empresa...

Para Noah, el escucharla hablar significaba una pérdida de tiempo. Sus palabras, aunque atentas y amables en el papel, resultaban necias y

prejuiciosas en persona. Sabía que la mujer con quien hablaba nunca había estado a gusto con su presencia, cosa que ahora se veía obligada frecuentar cada dos días a la semana luego de perder a su amada hija.

—No hace falta —afirmaba, para luego agregar—: gracias de todos modos —sin sentirse realmente agradecido, y fingiendo sin muchos ánimos una sonrisa.

Jane entendía, por su parte, que la pérdida de Noah no era muy sencilla de sobrellevar, pero ¡Ella también perdió a alguien! Su hija (y hacía mucho énfasis en eso) había sido una de las mejores cosas que le había pasado en este mundo, y que ya no estuviese ahí, era algo difícil de tragar. Verlo darse golpes en el pecho cada vez que le hablaban de ella, le generaba conflicto, «yo también estoy sufriendo» se decía, mientras que veía cómo él se seguía aferrando al pasado; «sufro mucho, pero tengo que dejarla ir».

Una que otra vez intentó decírselo; apelando al hecho de que los dos eran víctimas del mismo evento desastrosos que los había golpeado.

—Noah, yo creo que... —intentaba decir.

Pero Noah sabía a donde se dirigía. Lo menos que quería, era ser consolado por ella, no, lo menos que deseaba era ser consolado por nadie. Nadie entendía lo que era estar sin Karen porque Karen lo era todo en el mundo para él antes de que llegara Nathan; ahora ¿Intentaban separarlo de la única parte de su amada que le quedaba?

—No, por favor —decía con acervo, cansado de ser objeto de lastima— no necesito que lo digas; ya lo sé.

Aquellas palabras, cortantes y evasivas, la hacían enojar. Con el niño en brazos, ahogaba su necesidad de gritarle al hombre en frente suyo, para que dejara de comportarse como un bebé y que tomase las riendas de su vida. El pequeño necesitaba a un padre que lo pudiera cuidar y darle todo lo que necesitaba, no a un individuo frágil que no ponía en orden su vida ni que

priorizaba lo necesario. Constantemente pensaba en él como un apéndice innecesario que interfería en el crecimiento sano de su pequeño nieto. Pero, cuando se hallaba sola, sufría la partida de su hija más o igual que él.

Ambos, eran víctimas del mismo evento desastroso. « ¡Pero tienes que ser fuerte! », se decía luego de llorar sobre las sabanas de su cama, queriendo poder tener algo que la acercara más a su pequeña, a quien había mantenido con vida durante tanto tiempo ella, y consciente de que el sufrimiento no se iría, se lo tragaba justo en el momento en que cerraba la puerta de su habitación ya que no había paso para llantos en el mundo exterior, porque demostrar debilidad no era algo a lo que estuviese acostumbrada; justo ahí, era tan frágil y débil como Noah..

Los dos entendían esa necesidad de tener a Karen a su lado, de extrañarla y no querer dejarla ir, de tal forma que, a pesar de que no se toleraban el uno al otro, se permitían ese pequeño encuentro semanal porque sabían que, sin Nathan, la vida sin ella no sería lo mismo.

—¿Estás seguro? —insistía luego de atravesar una serie de pensamientos que la hacían evaluar cada circunstancia posible hasta que entendía que no era su deber juzgarlo—; a mí no me molestaría estar con él.

A su vez, Noah, también pensaba en lo mismo. Sabía muy bien que ella no estaba en mejor posición que él, así que, dejaba el sarcasmo y la pedantería de lado para poder responderle.

—Sí lo estoy, Jane. De todos modos, gracias.

Y justo en ese momento terminaba su interacción obligatoria de la semana, de la que poco a poco se hacían dependientes. Luego de que eso quedara atrás (así ambos tuviesen dos formas distintas de lidiar con el dolor) la vida seguía adelante sin hacer caso a su sufrimiento. Y es exactamente eso lo que persiguió a Noah.

Claramente no quería tener que lidiar con la verdad, o la forma en que las

cosas sucedían a su alrededor, porque era una extensión de un algo de lo que ahora se sentía ajeno. A pesar de tener una depresión intensa, en la cual conseguía una excusa diferente para no seguir adelante, Noah no quería mejorar, y sabía que nada en este mundo sería capaz de reemplazar a Karen.

Al cabo de un tiempo, tras de intentar y fracasar al mantener una mínima de equilibrio en su vida y estar a punto de perder aquello que lo etiquetaba como un hombre exitoso y por lo que había trabajado tantos años, comenzó a pensar si realmente no quería recurrir a Jane para que lo ayudase. A pesar de que no quería dejar ir a Karen, sabía que el mundo giraba con o sin él; que el trabajo era una obligación, que debía que darle la atención completa a Nathan y de que, hiciera lo que hiciera, estar todo el tiempo deprimido no lo iba a ayudar.

Así que pensó que, si podía conseguir una forma de cuidar bien de su hijo y continuar con el crecimiento exponencial de su pequeña compañía, podría mejorar un poco su estilo de vida. Eso constituía uno de los momentos de lucidez que llegaba si avisar pero que eran tan indudablemente ciertos que no había espacio para la duda.

—Pero decirle a Jane que lo cuide es tenerla todo el tiempo aquí, o tener que ir siempre para allá —se dijo, pensando en esa posibilidad.

Algo que no podía negar de todo eso, era que esa tragedia los había puesto de acuerdo en una cosa, y, esa alianza silenciosa que tenían entre los dos, les ayudaba a soportarse; si comenzaban a verse todo el tiempo, simplemente arruinarían el progreso que tenían y eso afectaría la salud mental de Nathan.

—No, mejor no —dijo al fin.

Entonces ¿Qué podría hacer? ¿Cuál era la mejor opción?: ¿Llevarlo a trabajar?, ¿Mudar la oficina al departamento?, ¿Contratar un mediador o intermediario para el trabajo?, ¿Una niñera?, ¿Dejarlo todo?

—Un momento —se dijo, dándose cuenta de que algo de lo que había dicho tenía sentido— ¡Una niñera! Esa es la solución.

LA NIÑERA

—¿Tengo que cambiar pañales? —Preguntó la chica de los ojos azules, hastiada por la idea de ensuciarse las manos— ¿Eso no lo puede hacer otra persona? —propuso, honestamente visualizando aquella posibilidad.

Noah no pudo evitar fruncir el entrecejo y mirarla con desaprobación. Aquellas preguntas simplemente desafiaban cualquier cosa, sin importar lo que midiera la estupidez entre ellas. Había llamado a una empresa que se encargaba de facilitar el contacto entre la niñera y el padre, porque supuso que habrían de tener personal preparado e inteligente. El escucharla decir todo eso, cambió por completo la opinión que tenía del lugar.

—¿Eres nueva? —preguntó, intentando darle una explicación a todo— ¿Es tú primera vez?

—¿Mi primera vez? —se rio, ya que le causaba gracia el hecho de que creyera que era nueva cuando, para ella, era muy evidente que no— No —se rio de nuevo— para nada, tengo dos años trabajando para la compañía.

La chica, miraba a Noah con naturalidad. Sus ojos verdes, el mentón firme, su cara de hombre adulto y el hecho de que se viera como todo un modelo de revista, le llamaba la atención. Horas antes de la entrevista, pensaba que sería tedioso trabajar con un niño de dos años; los pañales, los llantos, el vómito... pero ahora que conocía al padre del pequeño, y segura que había superado la entrevista, quería mucho el trabajo.

La chica de los ojos azules no era la mejor empleada del lugar ya que ni siquiera había leído el perfil del padre que le mandaban cada vez que tenía que ir a una entrevista; en este, se explicaba quién era Noah, que tipo de cuidados requería el niño, cuanto debería pagar dependiendo de la zona, el tiempo que prestaría los servicios y todo lo relacionado con el traslado de la niñera. Junto a esto, se anexaba una foto del representante y del pequeño.

Descuidada y confiada, creía que sería tarea fácil.

Sin pensarlo, Noah se levantó del asiento, cerró la carpeta llena de mentiras con el currículum personal de la chica de los ojos azules, y siendo áspero y mordaz, pidió que se marchara de su casa. Se encontraba realmente decepcionado de la forma en que había resultado la quinta entrevista de aquella semana; mientras más tardase en conseguir una niñera, más le constaría a él encontrar alguna forma de mejorar su situación personal. Poco a poco, el reloj imaginario que marcaba el tiempo que le quedaba para llegar a la inestabilidad mental aguda, estaba a punto de sonar.

—Mucho gusto, espero poder trabajar con usted —le dijo otra potencial niñera que también se sentía interesada en el trabajo.

De nuevo, no llenó sus expectativas.

—Gracias, yo hablaré con la compañía —respondió Noah, luego de despedir a otra chica, quien no parecía ser la persona indicada para cuidar a Nathan.

Una a una, iban siendo descartadas porque no eran muy buenas hablando, porque no tenían experiencia, porque exigían más de lo que eran capaces de ofrecer o las consideraba demasiado joven, viejas o inútiles, para lo que él quería. No importaba cuales fueran sus aptitudes, no eran lo suficientemente buenas y eso las llevaba a ser rechazadas. Casi un veintenar de aspirantes llegó a su casa con la intención de trabajar con él, se quedaron en la entrevista luego de conocer al hombre que las quería contratar, cautivadas por su atractivo; para luego marcharse después de ser terriblemente descartadas.

Para Noah, las cosas no estaban mejorando y el seguir rechazando mujeres no le estaba ayudando tanto como esperaba. La situación no parecía querer cambiar, todas se veían igual de incapaces que las anteriores a ellas, lo que le hacía enojar. Lo que quería era una mujer que, al verla, se la imaginara cuidando a su pequeño; no quería una ama de casa, una amiga, una persona

conversadora ni que se mostrara emocionada por el trabajo; quería simplemente alguien que fuera capaz de cuidar a su hijo y pretender que no estaba en la casa mientras lo hacía.

Era requisitos que no encontraba en ninguna de ellas, y que estaba seguro que hallaría una vez las viese a los ojos. En parte, la razón por la que no aceptó a ninguna. De esa forma, en casi un mes de una búsqueda infructífera, y gracias a una serie de eventos que le eran ajenos, la chica indicada tocó a su puerta.

Una mujer adulta, dueña de una compañía de niñeras, estaba llegando al borde de su cordura cuando uno de los nuevos clientes que estaba dispuesto a pagar lo que fuera, no parecía estar convencido con ninguna de las aspirantes que le enviaba; las opciones se le estaban acabando. La dueña, incapaz de ser lo suficientemente buena para Noah, sentía que no podía perder a un cliente como él.

—Querida, clientes como él son los que hacen crecer el negocio —le decía, una a una y en privado, tras varios rechazos, a la segunda tanda de candidatas—, tienen que hacer lo que sea para que las contrate; dar la mejor impresión de ustedes que puedan y estar dispuestas a trabajar con él durante todo el día.

Lana, entendió por las malas, que él no era un hombre fácil de complacer, por lo que decidió explicarles a sus empleadas que Noah requería una niñera de tiempo completo, que fuera capaz de cuidar a su hijo mientras que él trabajaba, en un intento de cambiar los resultados del juego.

Ella sabía que ese hombre soltero, de buena posición social y con muchos contactos, era la forma perfecta de hacer crecer su empresa. Pero, al cabo de unos días, luego de comprender que eran más las aspirantes rechazadas que las que tenía para enviar en respuesta y tras atravesar por un momento de

crisis, decidió darle el trabajo a quien fuera capaz de convencerlo, sin importar qué. En ese momento, la hija de una amiga, quien estaba dispuesta a tomar el puesto, se presentó como una posibilidad.

—¿Segura que quiere hacerlo? —preguntó a su amiga— ¿Ya está bien?

—¡Claro que sí! —dijo la amiga—; ya hablé con ella, dijo que lo iba a hacer.

Desesperada, Lana estaba mucho más interesada en que contratase a una niñera, que el hecho de que lo hiciera a través de ella. Aquel asunto se había hecho personal; el no poder satisfacerlo demostraba su incapacidad para crear un servicio de calidad para todos los clientes; un eslabón así, significaba lo peor para su carrera. Ciertamente no era tan grave como para quedar en bancarrota, pero, sí lo suficiente como para destruir su confianza y, por extensión, arruinar el negocio.

—¿Crees que pueda convencerlo? —preguntó enervada— ¿Me lo juras?

—Ay, mujer, ¿Qué voy a estar jurándote yo? —respondió su amiga, incapaz de ver las cosas cómo ella lo hacía—. Todo va a salir bien, que te lo digo; ella lo va a convencer, créeme; a eso se dedica —vacilo luego de hablar con seguridad, pensando en un sutil detalle que no quería mencionar por teléfono—; bueno, se dedicaba... pero eso ya es otra cosa.

Insegura pero dispuesta, Lana aceptó. Así que, con el día y la hora pautada para la cita, su última opción tocó a la puerta de Noah. En lo que éste la abrió, ella, directa y con ganas de salir rápido de eso, se presentó:

—Soy Mia, vengo para el puesto de niñera.

FELICIDAD CON FECHA DE CADUCIDAD

Tenía el pastel, el vestido, el lugar, la comida, la decoración y la recepción lista para la boda. Nadie más que ella sabía que aquella ceremonia (y la fiesta posterior), serían un completo éxito. Estaba segura que todo lo que había hecho hasta ese punto para crear el recuerdo perfecto, haría completamente feliz a una pareja de enamorados que tenían planeado pasar el resto de sus vidas juntos; o las siguientes tres semanas ¿Quién sabía? De todos modos, a Mia, eso no le importaba.

Tras estar increíblemente ocupada organizando una gran boda que había consumido por completo su tiempo y atención, se pudo dar el lujo de tomar un respiro antes de la ceremonia, regresar a su casa realmente agotada (un poco más temprano de lo que acostumbraba desde que comenzó con aquel proyecto) para darse una ducha caliente, acostarse en su cama e intentar quedar en coma por lo que quedaba de tiempo hasta el casamiento.

Eso constituía la idea perfecta para pasar el resto del día. Incapaz de poder darse un respiro como ese por mucho tiempo, aprovechó que su casa estaría sola. Así que cogió un taxi que la llevase a través de las concurridas calles de la ciudad y llegó hasta el departamento que compartía con su prometido. Carl, estaría afuera hasta la noche, lo que convertía a aquel lugar en el escenario perfecto para una relajante siesta de veinte horas. Hasta ahí, todo marchaba de maravilla.

El éxito que la precedía, hacían de ella una mujer increíblemente activa, inteligente, pero más que todo, ocupada, y fue esa misma situación la que la llevó a presenciar uno de los peores momentos de su vida. En ese entonces, no existía manera alguna de que pudiera imaginarse algo semejante. Carl, había sido su pareja por los últimos siete años, lo que lo establecía a él, como una persona confiable, o por lo menos eso creía ella.

Al abrir la puerta, no notó ningún problema en su departamento; nadie parecía estar en aquel lugar y nada se veía fuera de lo normal; así que se abrió paso hasta la ducha, la cual se encontraba en el pasillo que daba a su habitación, y dio un respiro de alivio. Ajena a lo que sucedía a su alrededor, comenzó a desvestirse, contemplando la ducha caliente y la cama fría para el resto del día. Víctima de la secuela que preceden a los molestos ruidos de la ciudad, sus oídos estaban aturdidos y no se habían acostumbrado al cambio de ambiente. La llave del agua corría con suavidad en la tina, manteniéndola concentrada en esa única habitación.

Pero, no tardó mucho en acostumbrarse a la casi ausencia de sonidos. Lentamente, las palabras y susurros se escuchaban casi al mismo nivel y, desafortunadamente para dos de las tres personas en aquel departamento, los gemidos también. Abatida por aquel descubrimiento, aun aferrada a la idea de que «todo puede ser un gran mal entendido», salió del baño cubierta por una toalla hacía el origen de aquel extraño sonido. Mia, no era conocida por ser una mujer paranoica o insegura de sí misma; le había dado libertades a su pareja de tal forma que las tentaciones no eran algo que le preocupasen; así que se acercó (aun presumiendo lo peor) con el mejor de los pensamientos.

Claro, esa misma libertad, era atractiva únicamente sobre el papel, en lo que a él significaba. Según ella, no podía temer a lo que no iba a suceder, aunque, no había visualizado antes de ese día, la posibilidad de que algo así sucediera ¡Así de despreocupada era! Incluso, acercándose más a la habitación con la que compartía cama con Carl y tras percibir que los sonidos que salían de ahí eran muy vividos para venir de las bocinas de un computador portátil, seguía con la mente positiva porque no se iba a permitir el lujo de juzgar sin tener las pruebas necesarias.

Paso a paso (de por sí lentos para no hacer mucho ruido), se fue acercando con cuidado hasta el umbral de su habitación hasta llegar por

completo a él y ver la escena que se estaba desarrollando sobre sus sabanas; justo ahí, se supuso un final para todo lo que conocía. Pero, esa no fue la peor parte. Aun presenciando que su pareja de casi toda la vida estaba sobre otro cuerpo que ¡Evidentemente! No era el suyo, la voz que emitía aquellos embriagantes gemidos de placer, le era familiar. Mia, todavía no estaba segura de evidenciarse con algún grito inesperado o lanzando algún objeto pesado y letal; algo le decía que se esperase. Así que ella esperó.

Los gemidos continuaban, los movimientos de cadera de su pareja estaban generando suficiente placer para hacer a aquella mujer gritar con desenfreno; ella conocía esa técnica, sabía lo bien que se sentía ser penetrada por Carl; el problema era que no esperaba tener a alguien con quien discutirlo. Aun sin mover ni un solo musculo mientras que los veía tener ese inoportuno encuentro sexual, trataba de descubrir con quien le estaban siendo infiel, esperándose a la más puta de todas las putas. ¿Quién no ha de saber qué Carl está comprometido?, pensó, es decir, hay fotos de ellos por toda la casa, de hecho, hay una justo al lado de la cama en la que esos dos están cogiendo... sin importar quien fuese, Mia estaba segura que esa mujer era una puta.

—¡Sí! ¡Más duro! ¡Dame más duro! —gritó la mujer puta.

Mia, no tardó mucho en saber de quien se trataba. Aquellas palabras, aunque no siempre escuchadas en lugares públicos o en reuniones familiares, habían sido más que suficiente para ayudarla a descubrir quién era la puta debajo de su ex prometido; con nombre y apellido, April de Sosa, había demostrado ser la peor mejor amiga de toda la vida.

—¡Malditos desgraciados los dos! —exclamó, al fin histérica, Mia.

El repentino grito, alertó a los dos amantes quienes de un salto se sentaron uno junto al otro pretendiendo de manera ofensiva para la inteligencia, que no estaban haciendo nada malo.

—Mia, Mia —dijo Carl, con el corazón palpitándole a mil por el susto y entendiéndolo que su vida se había arruinado por completo—, yo...

Carl, observaba a su prometida cubierta con una toalla, parada en medio de la puerta, observándolo desnudo, junto con su mejor amiga, quien también estaba desnuda ¿Qué otra cosa podría significar? Dar una excusa tan simple y burda como «no es lo que parece», no contribuiría en lo absoluto en la ya inclemente situación en la que se encontraba. Aun sabiendo que, dijese lo que dijera no serviría de nada, por lo menos habría de hacer algo bien. Casualmente pensaba mucho las cosas cuando estaba en momentos de alto estrés.

—Yo... —vaciló. De hecho, intentó decir otra cosa, cualquier cosa, hasta que entendió que, solo podía decir una. Desecho, dejó caer sus hombros y bajó la frente, consciente de que ahora sí lo había perdido todo— soy un estúpido.

April, por otro lado, no perdió tiempo en justificar su error, se bajó de la cama y cogió parte de su ropa para cubrirse a medias con ella, abrazándola sobre sus pechos, como si todos ahí no la hubieran visto desnuda ya o si el estar acostándose con el prometido de su mejor amiga no fuera lo suficientemente revelador. Acostumbrada a situaciones semejantes (pero con otras personas que no conocía), aceleró el paso y trató de huir por el frente de aquella escena. Sabía que, en momentos como esos, era el hombre quien recibía la mayor parte del problema ya que eran ellos los que estaban casados, no la amante; así que, de nuevo, creyó que todo quedaría ahí.

—Tú no te muevas, maldita puta —exclamó Mia, apuntándole con el dedo de forma amenazante—. No te vas a escapar de esta, no conmigo.

—Mia, yo... —vaciló— te lo puedo explicar.

A diferencia de su amante, April no tenía esa misma cualidad crítica que le permitía entender, de forma prudente, el nivel de estupidez de sus palabras.

—¿Qué demonios me vas a explicar? ¿Qué te acostaste con mi futuro esposo siendo mi mejor amiga? ¿Eso me tienes que explicar?

—Este... yo, no sé...

—¡Ah! Ahora no sabes ¡Ahora no sabe qué hizo! —dijo, inclinando la cabeza hacia arriba para gritar con fuerza, para luego agregar en la misma posición sarcásticamente—: ¡Ayuda, señor, que esta mujer no sabe lo que hizo!

Su actitud desquiciada no sorprendió a ninguno de los dos, quienes conocían muy bien a Mia. Tal vez no era de las personas que se dejaban afectar con facilidad por nimiedades, pero, cuando se enojaba de verdad, era realmente mordaz, excesiva e incluso hasta peligrosa. April fue retrocediendo mientras que Mia continuaba gritando. Carl, no tenía intención de volver a decir otra cosa, mucho menos de levantar la mirada; no gozaba del derecho, no podría hacerlo luego de todo eso.

—¡Son unos malditos hijos de...! —intentó decir Mia, bajando la mirada y a punto de lanzarse sobre ellos para asfixiarlos, pero, las cosas simplemente no podían suceder así.

Entre la línea del quiebre total y la locura, Mia se detuvo con ambas manos extendidas mirando la forma en que los dos estaban reaccionando: Carl, cabizbajo y callado; April, apartada y un tanto asustada. Aquellas, eran las caras de las dos personas que alguna vez en su vida fueron realmente importantes. Ella, era su mejor amiga y lo había sido incluso por más tiempo de lo que él había sido su pareja; lo que le dejaba un sabor amargo en la boca. Él, el hombre que amaba, envuelto en el peor momento de su vida, haciendo la cosa más terrible que pudo haberle hecho a ella, quien lo amaba tanto.

Mirándolos, se detuvo, se calló y se comenzó a sentir diferente. Su mirada fue amainando esa llama de ira que la había dominado, sus brazos comenzaron a perder rigidez, su postura, a pesar de aun amenazar y ser

dominante, no se sentía igual, por lo menos no para ella, quien encontraba sus piernas débiles e inestables, su respiración agitada y su espalda frágil, incapaz de conferirle seguridad, esa que tanto necesitaba en aquel momento. Aun quería asfixiarlos a los dos, pero, no se trataba de cualquier par de personas.

—Ustedes —dijo, dejando caer los brazos, con un tono de voz mucho más bajo que el anterior, pasivo y melancólico—, ustedes son unos malditos.

Aquel tono de voz, sí era algo diferente para ellos. En lo que la escuchó hablar, Carl levantó la mirada, para ver a la mujer que acababa de hacer algo que nunca en su vida había hecho, por lo menos no en los últimos siete años; April, dejó caer sus hombros y brazos, descubriendo su cuerpo, consciente de que había pasado algo incluso más grave de lo que ya de por sí estaba sucediendo. Mia, se estaba mostrando vulnerable.

Los dos, aun adeptos de ese sentimiento de camaradería y relación que alguna vez los representó, intentaron acercarse para consolarla, ignorando lo ridículo que eso era. Pero no los detuvo la cordura, sino las palabras de Mia.

—No —se irguió, manteniendo la cabeza baja—, solo váyanse —agregó, luego de suspirar resignada.

—Mía, pero... —intentó hablar April, tratando de acercarse a ella.

Hecha triza y completamente agotada, levantó la mirada una última vez irascible y con acervo, para mirar a los ojos a April, y volverle a decir:

—¡Dije que se fueran! —exclamó, elevando, aún más que antes, su voz.

Los dos, aturdidos por aquel cambio repentino, cogieron sus ropas y se marcharon. Carl, sabía que prácticamente tendría que mudarse, pero dudaba que lo dejara regresar a coger sus pertenencias; de todos modos, se fue junto con April hasta la puerta en donde dejaron de formar parte de su vida por un largo tiempo. En silencio, obedecieron y se fueron de la casa. Ahora sola, dañada y a salvo, Mia se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar.

—Son unos malditos.

Murmuró sollozando, lamentando algo más que la pérdida de dos personas que quería mucho; con lágrimas en los ojos y rota por dentro, ella lloraba la suya.

NEGACIÓN

Con menos cosas pudieron haberle dañado la vida a Mia, sin embargo, decidieron hacerlas todas y dejarla perder lo que alguna vez quiso. Presa del dolor y la falta de formas para resolverlo, Mia decidió dejar todo atrás. Nada ni nadie sería capaz de ayudarla en ese momento; sin más que ellos dos acompañándola en la gran ciudad, ahora que no tenía con quien compartir; se encontraba completamente sola. Constantemente se había hecho la misma interrogante ¿Cómo haré cuando suceda? Pero sin tener una respuesta real porque, nunca se habría imaginado que en efecto pasaría. Ahora, posterior a la traición del año, y por no haber respondido a tiempo a esa pregunta, se había estrellado con la cruda respuesta: nada.

A ella, tal vez no se le hacía difícil levantarse de nuevo, elevar sus ánimos y continuar con su vida, porque la mujer que era, no se dejaba acabar tan fácilmente. Sin embargo, aquello que le sucedió, cambió algo en su forma de ver la vida. No era solamente lo que hicieron las dos personas en las que más confiaba, o que fuese a sus espaldas, sino el hecho de que ahora, sin ellos, se sentía sola. Todo aquello, representaba una posibilidad que podía repetirse en cualquier momento; sabiendo que ya había bajado la guardia antes, se dijo «ahora mira lo que pasó» y cerró los ojos ante la vida. No se podía dar ese lujo, mucho menos si deseaba mantener su cordura al punto en que se encontraba.

Y superarlo no iba a ser la solución; ya que hacerlo, requeriría de encontrar otra pareja, crear nuevos lazos de amistad y confiar, pero ¿Y si ellos hacían lo mismo? No podía permitirse confiar en más nadie, ni en viejos ni nuevos por conocer, porque las cosas podrían salirse de control en cualquier momento ¿Cuáles eran las posibilidades? No importaba cuales eran, siempre y cuando fuese una posibilidad.

Herida, y cansada de los problemas, canceló todas las preparaciones de eventos que tenía para el resto del año, canceló sus tarjetas de crédito, retiró todo el dinero que tenía y borró su número para que nadie le llamase. La ciudad no habría de ser algo más que le perturbase de nuevo; las calles, los gritos, el constante mar de personas con el que siempre lidiaba, se quedarían atrás al igual que lo que alguna vez sintió por otros; no quería nada, no habría de hacerlo jamás.

Así que huyó como pudo. Se consolaba pensando que era la única forma, que alejarse le ayudarían a no pensar en eso, que por lo tanto estaría feliz sin hacer más nada que vivir por sí misma y completamente sola. Con eso en mente, regresó a su pueblo natal en donde su madre la esperaba. Su progenitora, sabía todo lo que habría de saberse del asunto que le había llevado hasta ahí; estaba preocupada, aturdida por los eventos y muy triste por su hija, sin embargo, no tenía la intención de interferir.

Al principio, pensó que dejándola sobrellevar sus problemas por sí misma, la ayudaría a ver el panorama y mejorar su situación, creyendo así que con eso estaría siendo lo más útil posible; pero las cosas simplemente no parecían querer cambiar. Los días pasaban y se iban acumulando entre semanas y meses que se repetían minuto a minuto y no hacían más que contribuir a su dolor. Carol, observaba a su hija atravesar una peculiar situación en su vida que, no era precisamente nueva en la sociedad, pero que ella estaba llevando de la peor forma.

—Hija, ¿Por qué renunciaste? —le preguntó poco tiempo después de que llegase a su casa— ¿Por qué decidiste renunciar si te estaba yendo tan bien?

Quería respuesta, quería poder entender sus motivaciones para así poder darle el apoyo que creía que necesitaba. Sin eso, flotaba en un cumulo de sentimientos confusos que le hacían creer que no habría modo alguno de mejorar su situación.

—Porqué quería —respondía, antipáticamente. Para luego acompañarlo con una mirada mordaz.

Al instante, su madre perdió las ganas de seguirle preguntando, aunque, aun así, no se había rendido. En otra ocasión, luego de un poco más de tiempo sin intervenir en su desconsuelo, decidió hacer otra pregunta:

—¿No crees que ya es momento de dejar todo eso atrás? ¿De no pensar más en lo que pasó?

Su madre, al igual que ella, había sufrido algo semejante en el pasado, lo que le hizo sentirse realmente devastada y le permitía comprender a medias lo que su hija estaba sintiendo. Carol, entendía que era algo terrible de superar, más que todo cuando se trataba del hombre con quien creía que sentaría cabeza y formaría una familia. Aquella realidad no se escapaba de ésta, pero, luego de más de dos meses afligida por el mismo asunto, le hizo creer que ya estaba llevándolo muy lejos.

—Pienso que deberías olvidarlo; seguir con tu vida, dejar el pasado atrás —agregó, acercándose con cuidado a su volátil hija—, si sigues así te vas a enfermar.

—¡Basta mamá! —exclamó, cansada de su insistencia— Te dije que dejaras de hablar de eso; si quieres que lo olvide, deja de estar recordándomelo cada vez que se te da la oportunidad ¿Sí?

A lo que a Mía respecta, aquello ya no era relevante; lo que esas dos personas le habían hecho, en efecto, había quedado en el pasado; lo que se trajo desde ese lugar no era la melancolía ni la nostalgia, la derrota ni la traición, sino una mujer quebrada que ya no se permitiría un momento de debilidad como el que presencio en aquel entonces. Confiada de que lo estaba superando, sin saber que realmente estaba aplacando sus propios sentimientos al tener una falsa sensación de seguridad; se la pasaba todos los días afligida no por el dolor, sino por el odio que había desarrollado en contra del mundo.

Todos eran unos idiotas, traicioneros imbéciles; no había género, posición social ¡Nada! Que los hiciera menos de todo eso, porque ella sabía que, fuese quien fuera el que se asomase a su vida, no tendría diferencia alguna. Su madre, en su constante intento de ayudarla, llevaba antiguas amistades que no habían dejado el pueblo como ella, para hacerla reaccionar, para que pudieran demostrarle que, si buscaba a distraerse con algunos amigos, podría dejar todo atrás de verdad.

—¿Cómo estás?, Mia, tiempo sin verte.

Decían unos más que otros, acercándose con cuidado, temerosos de perturbar su paz o hacerla experimentar algún episodio deprimente. Los que lograban pasar la puerta antes de escuchar el grito de negación de Mia ante la coyuntura de su madre para hacerla sentir mejor; eran recibidos de manera evasiva, distante y poco amistosa. La chica que muchos de ellos llegaron a conocer en el pasado, ya no estaba ahí. Ahora quedaba un ser dolido e indiferente ante la vida que no tenía ánimos de seguir formando parte de la sociedad a la que alguna vez perteneció.

Sin resultados positivos, tras intentar infructíferamente una y otra vez durante varios meses, su madre fue perdiendo los ánimos y dejó que su hija siguiera con su asunto del dolor y la melancolía. Desde afuera, todo se veía tan deprimente, que no había manera de tomarse eso de otra forma ya que Mia no dejaba de ser peyorativa, sintiéndose cada vez menos interesada en el arte de tratar con los demás porque ninguno de ellos podría hacerla cambiar de parecer con respecto a lo que ahora pensaba de las personas, lo que hizo preocupar cada vez más a Carol, quien no veía la hora de hacerla sentir mejor.

Cuando cinco meses de completa negación pasaron, nada parecía estar más cerca de ser cierto que el hecho de que su hija necesitaba una intervención; alguien debería de hacerla recapacitar y ser capaz de

demostrarle que esa actitud que estaba tomando no era la indicada. Sus amigas, constantemente le aconsejaban que le buscara algún hombre que la pudiera hacerla sentir mejor, ya que seguro era eso lo que le hacía falta.

—Tienes que presentarle a alguien —dijo una— prueba con el chico del mercado, el que siempre está en la sección de verduras; el hijo de Nina ¿Sabes? Es un chico apuesto, deberías intentarlo.

—¿Y cómo se supone que se lo voy a presentar si no ha salido de la casa en los últimos cinco meses? —preguntó Carol, sarcásticamente, porque ya había intentado hacer eso.

—Intenta llevarlo a tú casa —respondió su amiga, ante el obstáculo que le habían presentado—. No sé, di que necesitabas ayuda y por eso debías hacerlo pasar ¿Qué sé yo?

—¡Ya intenté hacer eso! —se aquejó Carol—, no quiere ver a nadie, y los que logran verla, no dejan de decir que no es la misma, que está muy mal. ¿Cómo crees que eso me está haciendo sentir?

Carol no pudo evitar quebrar en llanto ante la devastadora situación de su hija y al ser incapaz de dar con la solución; sola, sin poder recurrir a su amado y difunto esposo, deseaba que cualquier persona le diese alguna idea.

Cada una de las personas con las que intentaba buscar ayuda, le decían más de lo mismo; «intenta buscarle unos amigos», «haz que salga de la casa», «pídele que lo hable contigo» ... todas eran cosas que ella ya había intentado y ninguna le había dado frutos. Poco a poco las ideas (al igual que las amigas con las cuales hablarlo), fueron agotándose una a una hasta dejarla completamente sin opciones, bueno, a excepción de una sola.

Aún había una persona que no terminaba de decirle cómo tenía pensado. Carol, tenía una amiga en la ciudad que se había resuelto el camino hacía una carrera prometedora con su propio negocio. Esta mujer, la llamaba constantemente para hacer reuniones amistosas que siempre caían un día

sábado; en una de esas ocasiones, le aconsejó que dejara entrar a su hija a la casa y que esperara; «ella no va a hacer otra cosa, créeme, si en realidad sé algo, es que tardará mucho en superar esta situación», le dijo, siendo por lejos, la que más razón había tenido.

Pero, desgraciadamente, no era una mujer muy fácil de contactar. Abarrotada constantemente con asuntos de una compañía que no dejaba de traerle problemas, siempre se encontraba ocupada. Las pocas veces que lograba hablar con ella por teléfono lejos de los contados sábados que se reunían, no le daba tiempo de explicarle todos los detalles del asunto, incluso así, evitando decirle ciertas cosas que consideraba humillantes. Entre ellas, estaba el hecho de que había renunciado a su trabajo, que se estaba quedando sin dinero al no poder mantenerlas a las dos y porque su hija no dejaba de gastar lo que se había traído de la ciudad en cualquier cosa que la ayudase a pasar el rato; que no se bañaba muy seguido, que difícilmente colaboraba... todas esas cosas que la hacían quedar como la peor persona del mundo.

Carol, nada más le había contado lo que pasó con su pareja, quien era, cómo sucedió todo y que Mia se hallaba en «una situación difícil» justo ahora. Hasta que un día, la llamada de su amiga llegó, a poco de cumplir casi seis meses con su hija en casa.

—Carol, mi amor, ¿Cómo has estado? —preguntó— ¡Ay mi amor! Disculpa por no haberte llamado antes, es que he estado —dio un respiro— ¡Uf! ¡Ocupadísima! Y no he podido hacer nada.

—Oh querida, qué mal ¿Y eso? —preguntó Carol.

—Bueno, para ahorrarte los detalles molestos —vaciló— se trata de un cliente un tanto difícil; ya no sé qué hacer y me está volviendo loca.

—¿Algún padre molesto?

—Oh no, molesto no, solamente un tanto... ¿Cómo te digo? Exigente.

Contradiciéndose a sí misma con respecto a que no le daría detalles, le

fue contando todo al respecto, porque realmente necesitaba a alguien con quien hablarlo y Carol era la única persona que mejor la escuchaba.

—Y es eso, no he logrado conseguir a ninguna chica que satisfaga sus necesidades y eso me trae loca; este hombre ha estado siendo un hueso muy duro de roer. Siento que se está haciendo el difícil a propósito.

Carol, un tanto lejos de entender su frustración en el ámbito laboral porque ella nunca se había atrevido a dejar aquel pueblo para independizarse y seguir adelante (incluso mucho menos después de que su esposo la dejó sola al morir), no sabía qué decirle. Pero, si hablaba de una frustración más personal, con respecto a no saber qué hacer con alguien en específico; era la mujer indicada.

—Sí... creo que te entiendo —dijo Carol—, así me tiene mi Mia.

—¡Oh, querida! Lo olvidé por completo —reaccionó Lana, quien se había ensimismado con sus asuntos— ¿Cómo va todo? ¿Alguna mejora?

—¿Mejora? —dijo con sarcasmo, desconociendo el significado de esa palabra—, no, mi amor, no parece mejorar en lo absoluto. Sigue aquí, sin hacer más que respirar, consumir y distraerse con su móvil como si yo no estuviese en la casa.

—Demonios —dijo Lana, incapaz de coincidir con su problema, ya que nunca había pasado por eso con sus hijos— no sé qué más decirte, querida —se lamentó.

—Pero tuviste razón —señaló, apelando a que tal vez podría decir otra cosa que le sirviera—, hizo todo lo que dijiste que iba a hacer.

—¿Qué cosa?

—Pues nada. No ha hecho nada. Parece que no quiere dejar atrás los problemas. Si tan solo hubiera una forma de hacer que se distrajera, que le la mantuviese ocupada en otra cosa...

Lana, estaba tan desesperada por una solución como su amiga; ambas,

encontraban difícil lidiar con dos personas complicadas y que, por mucho que lo intentaban, no lograban entender. Sabían que, alguna solución, cual fuera, les ayudaría mucho. Así que, en medio de una conversación completamente ajena a su trabajo, se le ocurrió una brillante idea.

—Oye, querida ¿No has pensado decirle que cambie de trabajo, no sé; que cambie de ambiente? Tal vez, puede que así se sienta un poco mejor. Puede que solamente se siente estancada ¿Me entiendes?

—La verdad, no lo había pensado —respondió Carol, interesada por la idea—, no se me había ocurrido eso. ¿Qué me propones? —preguntó, sabiendo más o menos a donde se dirigía ella, pero sin saber con exactitud a qué tipo de «cambio de trabajo» se refería.

—Bueno... —Lana se acomodó en su silla, visualizando una posible solución, cosa que le llenó de ánimos—, ojo, y es solamente si quiere; pero, estaba pensando en si no sabías si ella le llamaría la atención trabajar para mí por un tiempo, aquí, como niñera.

—¿Trabajar como niñera para ti? —La propuesta le tomó por sorpresa; sí, era algo repentina, un tanto prometedora, pero, no se imaginaba a su hija trabajando como niñera— ¿Dices que la imaginas a ella como niñera?

Lana, ahora que se había emocionado con ello, no se sentía capaz de cambiar de parecer. A como diera lugar, lograría convencerla. Una vez que convenciese a Carol, solo era cuestión de tiempo que Mia aceptara, hasta donde ella sabía, subestimando su negativa a superar su situación actual.

—No es que la imagine como niñera —explicó— ¿Cuántos años tiene ella?

—Veintiocho años, ¿Por?

—No, por nada —respondió Lana.

La edad era importante, no quería que fuera muy joven ni muy mayor; pensaba que esa era una de las razones por las cuales Noah se había negado a

contratar a alguien, aunque, la verdad, para ella eran muchos factores posibles; a ese punto de la situación, no sabía muy bien en qué pensar.

—Veintiocho está bien. Creo que puede funcionar. ¿Crees que acepte?

—No lo sé, debería preguntarle, ¿Por qué? ¿Quieres que lo haga?

—La verdad no sé, pero algo me dice que es buena idea, y por como estoy ahora, me voy a permitir creer en eso; tal vez ayude, ¿Quién sabe?

Las dos acordaron comunicarse de nuevo unos días después; para ese entonces, tenían pensado que habría alguna respuesta; ambas esperaban que todo saliera como querían, ya que, de ser así, sería como atinarles a dos pájaros de un solo tiro. Carol, le prometió que hablaría con Mia para ver si ella aceptaba, no estaba muy segura, ciertamente, pero dadas las circunstancias, no perdía nada preguntándole. Además, muy en el fondo quería que todo saliera de esa forma.

Al día siguiente se acercó a su hija, a quien había estado evaluando durante horas para ver cuando abordarla y conseguir algún resultado.

—Mia —anunció su presencia con cuidado, para no levantar sospechas

— ¿Hija? Cómo estás.

Mia, segura de que era el momento en que su madre comenzaría a molestarle con sus ganas de motivarla a hacer algo que había vuelto una rutina de los últimos meses, se dio la vuelta para verla a los ojos.

—¿Qué pasó, mamá? —preguntó, queriendo evitar esa conversación de nuevo— Ya te dije que no quiero hacerlo.

—Oh, no es eso, mi amor —se defendió rápidamente Carol—; solamente quería saber cómo estabas hoy.

Mia sospechaba que algo no andaba bien.

—Estoy bien —vaciló— creo.

Normalmente, como llevaba haciendo en situaciones semejantes durante los últimos meses, le respondería con hosquedad dado que no quería estar

recordando lo que tanto trabajo le estaba costando olvidar. Día a día le importaba menos su pasado, entendiendo así que lo que pasó había sido una simple circunstancia; el resultado de los azares de la vida. Con pequeños pasos, a pesar de que seguía siendo un evento relevante, ya no le generaba la misma respuesta que tenía cuando todo eso comenzó. Aunque, esta vez, siendo abordada con un asunto diferente, trató de ser la mujer amable que todos conocían.

—Me alegro mucho, querida, me alegro mucho —respondió Carol—; es bueno que estés bien. Y... ¿ya comiste?

—No, voy a eso. Me acabo de levantar.

Eran las doce del día.

—Oh perfecto, entonces almorzarás de una vez —dijo Carol, animada.

Pasó por un lado de su hija, pretendiendo que lo dicho había sido todo lo que tenía pensado hacer y se dirigió a la cocina. Mia no pudo evitar sentirse cada vez más intrigada por su repentino cambio de actitud; tal vez, eso significaba que ya no había ese ambiente tenso que había dominado el lugar durante tanto tiempo, eso le daba cierto alivio.

—Está bien —respondió Mia.

En la cocina, luego de que ambas comieran tranquilas, conversando de asuntos triviales como si nada hubiera sucedido, dejaron el pasado atrás. Mia se sentía a gusto y Carol supo percibir eso en ella; sin embargo, debía esperar un poco más. Lentamente, su hija fue bajando la guardia, relajándose, dejándose llevar por la tranquilidad que profería estar con su madre, al fin, sin pensar en aquello que le había estado preocupando por tanto tiempo. Cuando por fin Carol vio su oportunidad, se lanzó sin pensarlo.

—Oye, hija; quería preguntarte algo —le abordó.

—¿Sí? ¿Qué?

—Era que como ahora tienes tiempo libre, me estaba preguntando si

podías hacerme un favor.

La forma en que le estaba hablando, era tan natural para ella que no se notaba las notas de interés que estaban ocultas entre los espacios de las palabras.

—Cuéntame.

—¿Te acuerdas de Lana? —dijo.

—¿Quién?

—Lana, mi amiga, la que viene de vez en cuando cada sábado.

—Oh, sí, ya. ¿Qué con ella?

—Bueno, en estos días estuve hablando con ella, y me dijo que tenía un problema con uno de sus clientes.

De forma positiva, Mia había reconocido que su condición actual había estado mejorando lentamente, ciertamente no estaba dispuesta a salir al dañino exterior, pero, tampoco tenía necesidad de ser irracionalmente hostil; aunque no significaba que no se sintiera incomoda rodeada de personas... de todos modos, consideraba eso como una especie de victoria a medias, por lo que, estaba, por poco, más tranquila. Es por eso que, en el momento en que su mamá le comentó que su amiga tenía problemas, no encontró por qué habría eso de ser relevante para ella, siquiera pensó en responderle a Carol con hosquedad con algún: «ese no es mi problema», o algo parecido.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, que le comenté que tenías tiempo libre y me preguntó —se acomodó, para demostrarle con un lenguaje corporal asertivo, que lo que le iba a decir aun no era un hecho—: que, si querías trabajar un tiempo para ella, como niñera.

Aunque la tomó por sorpresa y que resultó ser una pregunta realmente absurda, la cual, de entre todas las cosas que se esperaba, había resultado ser la que menos se imaginaba; decidió preguntarle:

—¿Cómo así? —dijo, menos confundida de lo que parecía— ¿Qué trabaje para ella como niñera?

—Sí, no es como que trabajes toda la vida con ella, sino que justo ahora tiene un cliente difícil y... yo le comenté que tú eres buena para tratar con personas difíciles. Y bueno, no sé si te gustaría hacerlo, intentar algo diferente, no sé, para pasar el rato; y así, tal vez, podrías ganar un poco de dinero —de repente, se irguió para agregar con cierto nivel de emoción— Lana me dice que tiene mucho dinero, y que está dispuesto a pagar lo que sea.

La idea de salir de la casa era algo que no había considerado lo suficiente como para intentarlo ahora. Se había estado acostumbrando a estar ahí y el cambiar esa realidad le era complicado. Sin embargo, su madre había resaltado dos puntos interesantes: «intentar algo diferente y ganar un poco de dinero», dos cosas que la verdad estaba necesitando últimamente. Por lejos, era algo que nunca se habría imaginado hacer luego de conseguir una carrera exitosa, aunque la verdad, técnicamente lo único exitoso que tenía por los momentos, era su alto puntaje en un videojuego para el móvil.

—La verdad es que no sé —respondió—, no sé si quiero salir de la casa por ahora.

—¿Estás segura? Podría ser interesante, la verdad.

Mia, no hizo mucho para ocultar su falta de confianza en aquella propuesta.

—¿Sabes qué? —dijo Carol— Si quieres puedes pensarlo un poco, quien sabe, ¿Hasta podría ser divertido? Pero, lo importante es que hagas lo que tú quieras, si no puedes, yo le digo a Lana que estás muy ocupada y listo —sonrió despreocupada, para aliviar un poco la tensión en su hija y agregó— ¿Sí? No hay presión.

Y se fue. Carol abandonó la cocina esperando que, de esa forma,

dejándola a ella elegir qué hacer, podría apelar a su razón. Mia, por otro lado, intentó pensar en el asunto un poco; las posibilidades de que fuera una trampa de su madre para que saliera de la casa, eran muy probables, pero, por otro lado, sabía que faltaba poco para que lo poco que tenía ahorrado se acabara. Si seguía pensándolo, las cosas nunca mejorarían.

«Será trabajar de niñera nada más» se dijo, considerando que, si se trataba de un o varios niños, no habría por qué preocuparse por conocer personas nuevas ya que un pequeño no presentaba una amenaza. Así que, analizarlo un poco, de consultarlo con la almohada y percatarse que de cierta forma ya se estaba aburriendo de estar en aquella casa sin hacer absolutamente nada, trató de no pensarlo demasiado y actuar de una buena vez.

—Mamá —dijo, abordándola luego de considerarlo—; dile a Lana que sí.

SEGUNDA PARTE: CAMBIO

LOS QUE NO QUIEREN SENTIR

Noah, abrió la puerta y se encontró con Mia. Ésta, no parecía ser diferente a ninguna de las demás mujeres que habían tocado a su puerta con la intención de tomar el trabajo, pero, sin embargo, de alguna u otra forma, sabía que habría de ser hora de contratar a alguien sin importar qué.

—Soy Mia, vengo para el puesto de niñera —dijo, queriendo salir lo más rápido de eso como le fuera posible.

—Vale, entra.

Ninguno de los dos se conocía desde antes, jamás se habían visto, mucho menos tenían la intención de querer conocerse mutuamente, pero, a pesar de todo eso, tenían la ligera impresión de que no sería la última vez que se verían.

—Bueno, empecemos con lo primero —dijo Noah, luego de que los dos se sentaran en la sala del departamento— ¿Por qué crees que puedes trabajar para mí?

Mia, encontró extraña aquella pregunta, ya que no la estaban contratando para trabajar en una empresa, sino para cuidar a un niño.

—Sé cuidar niños, he trabajado en esto lo suficiente —mintió— como para saber que puedo manejar todo tipo de asuntos con respecto a esto. Me gusta hacerlo, quiero hacerlo, y no veo por qué no podrías contratarme.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Noah.

—Tengo veintiocho años.

—¿Tienes algún problema con trabajar hasta tarde?, incluso quedarte alguno que otro día; resulta que justo ahora estoy un poco ocupado con mi compañía y creo que tendré que ausentarme mucho —Noah, trataba de ser lo menos crítico con esta aspirante—. La verdad no me gusta la idea de estar lejos de Nathan, pero, creo que no tengo otra opción.

—La verdad no, siempre y cuando solamente deba cuidar al pequeño —respondió Mia, sin inmutarse, de forma muy natural.

Esa actitud directa, la forma en que especificó que solamente estaba ahí para una cosa y una sola nada más, le dejó esa impresión que tanto estaba esperando.

—Es decir, estoy aquí porque necesita que cuiden de su hijo, entonces, no creo que espere que, mientras esté aquí, le haga la comida a usted, limpie la casa o algo por el estilo.

Noah, asomó sutilmente una sonrisa.

—No, la verdad no necesito que haga nada de eso; no me importa en lo absoluto. Lo que necesito es alguien que sepa cuidar niños y que esté dispuesta a hacer ese trabajo por mí mientras que me desocupo.

—¿Cuánto tiempo cree que eso le tome? —preguntó Mia.

—La verdad es que no lo sé, pero, puede variar.

Mia, solamente pensaba en la posibilidad de conseguir la cantidad de dinero necesaria para poder quedarse por más tiempo con su madre sin ser una carga y luego marcharse. No se proyectaba a sí misma como la nana de aquel pequeño niño.

—Con tal de que no subestime mi trabajo, por mí está bien.

Los dos, no apartaban la mirada de sus ojos. Ninguno de los dos estaba realmente interesado en el otro más que por aquello que los había puesto ahí: necesitar y ser una niñera.

—Bueno, supongo que eso es todo —concluyó Noah.

—Entonces ¿Cuándo comienzo?

—La verdad es que... —Noah, estuvo a punto de levantarse del asiento, cuando, Mia lo detuvo.

—Porque, si es por el tiempo, tengo tiempo de sobra, si es por los cuidados, no importa qué cuidados necesite, los haré. —Dijo, demostrando

un gran control de sus palabras—. Como ya le dije, estoy aquí para cuidar a su hijo cuando usted no esté, y estoy segura que no puede seguir esperando a que otra persona llegue mientras que los días siguen pasando y a usted se le continúa acumulando el trabajo.

—Ciertamente —respondió, terminando de ponerse de pie.

—Los dos sabemos que la cantidad de trabajo seguirá aumentando, así que, esperar más no es una buena opción.

Noah, no pudo evitar sonreír ante sus palabras. Aquella mujer estaba dispuesta a ser contratada a como diera lugar, aunque, de todos modos, ya estaba dispuesto a contratarla. Ya había encontrado en Mia lo que estaba buscando, además que tenía razón, no podía seguir postergando lo inevitable, así que, pensando ¿Qué más da? Hizo pública su decisión.

—No te preocupes, tienes el puesto —dijo Noah, acercándose a Mia con el brazo extendido para darle la mano.

—Perfecto —respondió, estrechándole la mano y cerrando el trato.

FALSAS SENSACIONES

Noah, había encontrado por fin a la mujer que se ocuparía de Nathan mientras que él estaba fuera de su casa. Eso, constituía una buena noticia, ya que podría concentrarse por completo en el cuidado de su empresa, salir lo más rápido de ella, y regresar con su hijo para continuar con su vida. Al principio, pensó que ahora todo sería un tanto más fácil, suponiendo que, al disminuir su cantidad de distracciones, podría lograr concentrarse en una sola cosa hasta terminarla. Por desgracia, su realidad no parecía querer mejorar.

Poco a poco las cosas se fueron saliendo de control. Noah, no encontraba como lidiar con la ausencia de Karen, quien se mostraba en todas las personas con las que se veía obligado a interactuar. Durante el trabajo, pensaba constantemente en aquello que pudo haber hecho con ella en ese momento, y eso que se veía obligado a hacer ahora que estaba solo.

A unos simples seis meses de su partida, era incapaz de entender si lo que hacía era intentar superarla o auto flagelarse con el recurrente recuerdo de su difunta esposa, en un intento desesperado para mantenerla viva. Con eso, el trabajo se había convertido en una actividad monótona que lo mantenía ocupado a medias. En lo que terminaba, regresaba a la casa y se encontraba con Mia quien estaba más concentrada en su hijo que en el resto del mundo (ciertamente, lo que él quería).

Todas las noches se despedía de ella con un «hasta mañana» y la noticia de que ya le había pagado el día. Hecho eso, iba a la recámara de Nathan, lo cogía entre sus brazos y lo llevaba hasta su cama para dormir el resto de la noche con él; en ese momento, se sentía a salvo y a gusto con el mundo, pero solamente ahí era donde podía lograr algo como eso. Al día siguiente, se levantaba, recibía a Mia y salía al trabajo de nuevo con la intención de mejorar, pero terminando con una jornada realmente terrible.

Muchas veces pensó en despedir a la niñera y quedarse encerrado en la casa con Nathan para recuperar ese pequeño paraíso immaculado en donde podía vivir en paz; pero, sabía muy bien que no podía hacerlo, más que todo, porque la presencia de Mia cada vez se hacía más necesaria. Ignoraba por completo porqué al verla se sentía completo, como si de alguna forma estuviera allí para él, ayudándolo en algo que realmente importaba. Inconscientemente se estaba acostumbrando a verla y no lo veía porque estaba muy ocupado sufriendo.

Pensamientos y sentimientos chocaban los unos con los otros, desesperándolo aún más de lo que ya estaba. Noah quería escapar de todo eso, sacarle el dedo al mundo y ocultar su dolor de alguna forma. Esos sentimientos encontrados que lo enloquecían, fueron desequilibrando más y más su estabilidad emocional, obligándolo a ceder al primer impulso que se le puso en frente.

—Señor, aquí están los reportes de producción de la semana; los de la fábrica dicen que subió un quince por ciento, pero que podrían trabajar más rápido si encontramos más maquinaria —dijo una de las mujeres que trabajaban en su oficina.

La forma en que aquella chica apareció en la oficina, en tacones y un vestido que difícilmente ocultaba su cuerpo, le hizo recordar a Noah el hecho de que, durante mucho tiempo, había sido el centro de atención de un gran número mujeres en aquel lugar. Tal vez era por su atractivo, su carisma, su forma de ser o el hecho de que estaba casado, pero, fuera lo que fuese, era relevante para ellas. Justo en ese momento recordó que, de entre las más atrevidas, algunas incluso se le habían insinuado de manera descarada y, una de esas, era ella. Sabía que, si lo intentaba, la tendría sin ningún problema.

—Susan —dijo Noah, pensando que no había momento para perder el tiempo.

En primera instancia, le había parecido una locura incluso considerarlo, pero, mientras más lo pensaba, más se sentía un poco aliviado. Imaginárselo, le ayudó a olvidar por un momento a Karen, cosa que, lo motivó a continuar.

—¿Qué tienes pensado hacer esta noche?

Susan, pensó que podría tratarse de algún asunto del trabajo.

—¿Esta noche? —vaciló, pensando en sí no tenía algo pendiente para entonces—, bueno, creo que nada. ¿Por qué?

—Quería saber si te gustaría comer conmigo.

La pregunta, le emocionó un poco, sin embargo, no se hizo de ninguna idea; podría significar lo que fuera, así que mejor no se apresuraba.

—¿Quiere que revisemos los reportes mientras comemos?

—No, me refiero a que si quieres ir a «comer» —dijo, haciendo énfasis—, conmigo esta noche. Solos tú y yo, sin los informes.

—¿Habla de una cita? —Susan no pudo ocultar su sonrisa, ni el rubor de sus mejillas.

Ella, encontró repentino aquella propuesta. Noah, había sido objeto de atención por mucho tiempo; apuesto, alto, inteligente y exitoso, eran rasgos que la traían loca. Varias veces intentó llamar su atención, pero el hombre era difícil de quebrar. Luego de la muerte de su esposa, pensó que ya era hora de parar, consciente de que seguro no lo habría superado aún, pero, tras escucharlo decir eso, algo se encendió de nuevo en ella.

—Sí, una cita —respondió Noah, seguro de su decisión— ¿Quieres?

—Me encantaría.

Después de llamar a Mia para avisarle que probablemente llegaría más tarde esa noche o que incluso hasta podría ausentarse hasta la mañana siguiente porque tenía que trabajar, hizo una reservación en un restaurante de su trabajo, a donde fue con Susan a comer. Aquella noche, salió exactamente como él lo esperaba.

La cita con Susan había sido todo un éxito; comieron y hablaron como dos personas que intentaban pasar una noche tranquila en pareja. Se mantuvo de esa forma hasta que él la llevo a su casa. Justo en frente a su puerta, ella estaba consciente de que todo eso no iba a ser en vano (se quería asegurar de ello), y que al fin lo tenía junto en donde quería.

—No quieres pasar a tomar... —intentó decirle con una indirecta que estaba dispuesta a hacer lo que venía después, pero Noah la detuvo lanzándose sobre ella sin pensarlo demasiado.

No quería perder el tiempo. En un movimiento desesperado, puso sus manos en su rostro y se acercó para darle un beso. Aunque aturdida, Susana respondió a aquel ósculo con la misma intensidad en que lo estaba recibiendo, sintiéndose tan alegre de que estuviera sucediendo que se dejó llevar, borrando cualquier idea que se pudiera formar a partir de ese momento. Tras varios intentos fallidos a causa de que no se dejaban de besar, lograron entrar a la casa, en donde, al cerrar la puerta, Noah la desvistió con facilidad gracias a que llevaba un simple vestido.

Medio desnuda, Susan lo fue guiando hasta su habitación, mientras que lo despojaba de las prendas que lo cubrían. La firme, grande e imponente presencia de su cuerpo, delectaba sus sentidos al paso en que ella deslizaba sus manos dibujando la línea de sus músculos; todo eso la atraían como si se tratase de un campo de fuerza electromagnético y ella fuese un simple trozo de metal. Y como si fuera poco, el aroma varonil que emanaba de él, la embriagaba hasta los huesos, cautivando por completo sus sentidos. No podía imaginarse estar en un lugar mejor, ni que estar junto a Noah fuera tan maravilloso.

Noah apretaba todo su cuerpo de manera estratégica: sus pechos, sus nalgas, sus piernas, sus labios. Él, la tocaba como si siempre hubiera sido suya, como si la conociera y supiera exactamente qué le gustaba. Jugaba con

sus pezones erectos, ocasionándole escalofríos que se expandían a lo largo y ancho de su ser, terminando en su vagina y transformándose en humedad, lo que humectaba las paredes de sus labios mientras que, con la otra mano, retozaba su sexo, obligándola a desearlo con más ímpetu cada vez que movía su lengua, tocaba su piel o imponía su presencia, enterrándole la lengua en la boca, o el dedo entre las piernas.

Por lo menos, uno de los dos estaba disfrutando aquel encuentro al máximo. Noah, buscaba un estímulo con desespero, queriendo abrigarse con Susan, asimilarla, sentir su presencia porque, para él, ella no estaba ahí; ni siquiera parecía ser real.

Cuando llegaron a la cama, Noah la cogió por la cintura y la dejó caer sobre el colchón. Ella, no pudo evitar reírse por lo repentino de aquel movimiento, pero, cuando vio a Noah a los ojos, no parecía que él lo encontrase gracioso.

Sin darle tiempo para pensarlo mejor, se arrodilló frente a ella, colocó sus piernas sobre sus hombros, y enterró su rostro en su vagina como si no hubiera un mañana. Susan, intentó reaccionar, reconociendo que su mirada no era la de un hombre excitado, aunque Noah no le dio tiempo para pensarlo demasiado. Éste, comenzó a acariciar los labios de su vagina con destreza, enajenándola en cuestión de segundos.

Susan, se hallaba encantada por la forma en que él la dominaba, la tomaba entre sus manos y se empapaba de sus fluidos. Con su corazón palpitándole a millón, deseaba postergar ese momento y congelar el placer que la estaba esclavizando, gimiendo su existencia entera. Noah la poseía sin mucho esfuerzo. Con simples movimientos de lengua, la transportó a lugares a los que ningún otro hombre, siquiera esforzándose lo suficiente, lograron llevarla; haciéndole entender que no era la mujer difícil de satisfacer que creía ser. Ella, comprendió en ese momento, que lo que necesitaba, no era

más que un hombre que la supiera tratar como se lo merecía.

Sin fruto alguno, intentaba contener sus gemidos de placer que trataban de salir oprimiendo sus órganos y sus pulmones en forma de gritos descontrolados. La idea de ser escuchada le incomodaba, aunque, muy en el fondo, le importaba poco que la escuchasen. Desde su vagina, hasta la punta de su pie y luego subiendo de regreso en un torrente de placer desenfrenado; no había otra forma de exteriorizar lo que sentía que no fuese gritándolo a los cuatro vientos. Así que, cogiendo la almohada, se la puso en el rostro y comenzó a ahogarlos, al tanto de que no habría modo alguno de controlarlos.

Susan, amaba la forma en que jugaba con su vagina, apretaba sus pechos, masajeaba sus nalgas, le besaba las caderas, o le metía los dedos en la boca, mientras que la transportaba al más allá del placer.

Noah, sentía que sus gemidos no eran lo suficientemente fuerte como para hacerlo callar las voces en su cabeza, por lo que aumentó la intensidad con la que se estaba comiendo la vagina de Susan, quien lo cogía por la cabeza y empujaba su rostro contra su sexo, desando que no se detuviera. Movimiento a movimiento, la estaba haciendo llegar al clímax casi sin ningún esfuerzo, hasta el punto en que, apretando sus pechos y succionando su clítoris, la hizo sentir el orgasmo más estremecedor de toda su vida.

—¡Mierda! —exclamó, en un grito ahogado por la almohada.

Sus piernas comenzaron a temblar y su corazón quería salirse de su cuerpo, el cual se sentía ajeno al mundo exterior, queriendo de todo y a la vez absolutamente nada en ese momento. Cuando se masturbaba pensando en él, se lo imaginaba como un hombre capaz de hacer lo que fuera, pero, la verdad, no se esperaba que fuese realmente así. Indefensa, agitada, prácticamente complacida y con las piernas temblándole como gelatina; aquella mujer estaba feliz. Si le hubiesen preguntado en ese instante qué quería hacer después, habría respondido que nada, porque con eso le bastaba. Aunque, por

otro lado, Noah, no estaba de acuerdo.

Levantándose del suelo y cogiéndola por las piernas tomándola por sorpresa, la acomodó en la cama para que le quedase espacio a él para ponerse en posición en frente suyo. Todo eso hecho en la menor cantidad de movimientos posible.

—Aun no se acaba —dijo Noah, para luego agregar de forma teatral con su pene en la entrada de su vagina—: esto apenas comienza.

Dicho eso, empujó sus caderas hacia adelante y con ellas su pene erecto. Con la vagina dilatada como si algo más grande hubiera estado adentro, Susan recibió aquel pene completamente encantada. Sintiéndose invadida, dominada y completa, no se mantuvo así por mucho tiempo. En lo que aquel enorme falo pasó más de dos segundos entre sus piernas, las paredes de su vulva se contrajeron, apretándolo como si se tratara de una prensa eléctrica.

—Sí —gimió jactanciosa— ¡Sí! —repitió, ahogando sus gritos con la almohada.

Noah, a pesar de que no se encontraba tan presente como Susan en ese momento, disfrutaba verla abierta para él, apretando sus pechos enormes mientras que sentía como su vagina le palpitaba alrededor del pene. De arrebato, comenzó a embestirla, ocasionando así que gimiera con mayor intensidad. Sus senos, se movían con el choque de cada movimiento, mientras que ésta pedía a gritos que la embistiera con más fuerza:

—¡Más Sí ¡Más duro! ¡Cógeme con fuerza! Sí.

Noah, presente a medias, lograba emocionarse cada vez que ella le incitaba a moverse más.

—¿Te gusta? —le preguntó, tratando de buscar más formas de impregnarse en aquel momento.

—¡Sí!... ¡Me encanta! —respondía entre gemidos, aun con la almohada en el rostro.

—¿Quieres más?

—¡Sí, dame más, métemelo! ¡Así! ¡Así!

Susan, sentía cada centímetro de su enorme falo, atravesándola con total precisión. Desde la punta de su glande hasta la raíz en donde tocaba sus testículos, la llenaban por completo, causándole el mayor placer de toda su vida. Cada embestida se sentía mejor que la anterior, llegando más y más rápido al siguiente orgasmo. Golpe, tras golpe, tras golpe, comprendía que ese encuentro era lo mejor que le había sucedido en la vida.

Durante varias horas, se deleitaron con el cuerpo del otro hasta que no pudieron más. Noah, no pudo evitar sentirse un poco sucio al terminar, comprendiendo que había hecho eso por las razones más desagradables de la vida, sin embargo, se le hizo difícil no reconocer que había rendido frutos. Habiendo descubierto eso, sintió que aquello sería la mejor forma de evitar pensar en Karen, a pesar de que la mera idea le hacía sentirse repugnante, dado que, nunca se imaginó haciéndolo con otra mujer que no fuese su esposa. ¿Quién lo diría?, se preguntó.

Luego de aquel encuentro con Susan, las cosas fueron cambiando un poco a mejor; cuando podía, la llevaba a su oficina para drenar un poco su apetito sexual, llegando incluso, a pedirle que dejara de usar ropa interior para poder hacerlo en cualquier lado y momento. Ella, tan insaciable como él, no se negó a aquella petición, disfrutó cada encuentro tanto como podía sin pensarlo demasiado.

El sexo, se había convertido en su analgésico emocional preferido que, por un lado, le ayudaba a mantener su mente enfocada en los asuntos que daban vueltas alrededor de la compañía, mientras que, por el otro, le permitía distraerse al enterar sus penas entre las piernas de Susan, haciéndole creer así, que con eso aseguraría su transición al cambio.

Aquella falsa sensación de bienestar que le acogía cuando estaba con

Susan, le ayudaba a medias, mientras que la extraña armonía que experimentaba las pocas veces que veía a Mia seguían alimentando a ese ser invisible que controlaba sus sentimientos desde las sombras. Noah, conseguía y consentía cosas completamente diferentes que, a su manera, se las arreglaron para invadir sus pensamientos.

SUJETOS AL CAMBIO

El nuevo trabajo constituía una nueva vida para Mia. Ciertamente era un cambio repentino sin mucho sentido para ella, dado que, de entre todas las cosas que podía hacer, decidirse por trabajar como niñera, era el más extraño de todos. Con eso en mente, no sabía si debía verlo como una especie de baja vergonzosa en el mundo laboral o como una faceta más, sin compromisos ni responsabilidades. Por otro lado, y a pesar que al principio no quería hacer nada relacionado con trabajar porque suponía volver a su profesión de planificadora de eventos y relacionarse con otros, al dedicarse a este, no tenía que hacer eso, lo que resultaba una gran ventaja en comparación.

Esa ventaja se reflejaba en la mínima cantidad de responsabilidades que traía ser niñera. Al poco tiempo, Mia entendió que Nathan no era un reto muy grande; los cuidados que necesitaba eran sencillos de atender, por lo que no invertía mucho tiempo en ellos más de lo necesario. Dejarlo dormir, bañarlo, cambiarle los pañales... cosas sencillas que requerían poca atención, pero que de alguna forma alguien debía hacer. El resto del día lo invertía jugando una que otra vez con su móvil o leyendo alguno de los libros que tenía su jefe en la pequeña biblioteca de su departamento.

Durante el día, se abría paso por los alrededores de la casa de vez en cuando, buscando algo que pudiera decirle más sobre Noah, quien, para ella, prácticamente no pasaba tiempo allí, y cuando llegaba de noche, lo hacía siempre con una expresión vacía que ésta le atribuía al cansancio y la fatiga de tratar de mantener un negocio en la ciudad. No juzgaba, no preguntaba ni mucho menos le daba importancia. Tanto Mia como Noah, evadían cualquier contacto además del necesario.

En lo que él llegaba, se saludaban de rutina, para luego intercambiar unas palabras: ¿Cómo está Nathan? ¿Qué comió? ¿Por cuánto durmió? ¿Lo

bañaste?, preguntas de rutina a las que se fueron acostumbrando con el pasar de los días. Por su parte, Mia tenía días realmente tranquilos que poco a poco aprendió a disfrutar. Nathan era una compañía excelente, tanto, que al cabo de un tiempo le comenzó a agradar la idea de estar con él, llegando incluso a emocionarse las veces que le tocaba pasar el día completo (y algunas noches) cuidándolo.

Las actividades que mantenían su mente ocupada ahora que era niñera, fueron contribuyendo a su transición al cambio e incluso lo hicieron más, después de que regresó a su departamento y notó que las cosas de Carl ya no estaban. De viajes en viajes de su casa a la de Noah, de cuidados, pañales, canciones infantiles y un extraño sentido de maternidad, no tardó mucho en conseguir algo en qué ocupar sus pensamientos.

—¿Qué tipo de hombre es tu padre? —le preguntaba de vez en cuando a Nathan, pretendiendo que él le respondería.

El pequeño no hacía más que verla con asombro, reaccionando a su estimulante presencia.

—No sé, me parece que debería saber más de él, siento que nunca está y no creo que eso sea bueno para ti —decía, mirándolo a los ojos y enamorándose de su ternura— ¿No es verdad? ¿Necesitas a tu papi? ¿Verdad que lo necesitas?

La forma en que le hablaba, hacía que Nathan se riera y la mirara fijamente; pero Mia sentía que tenía razón. Salvo las veces que lo veía llegar y coger al bebé para dormir con él durante la noche y el hecho de que de vez en cuando llegaba tarde, no conocía absolutamente nada de Noah, quien luego de un tiempo sin decir nada, pasó a ser un misterio para ella.

¿Quién era en verdad Noah Lozito? Sabía que era dueño de una empresa (aunque no tenía idea de qué tipo de cosas hacía ahí), que era viudo porque la amiga de su madre le había comentado algo al respecto, y que tenía suficiente

dinero para costearse un apartamento en la cima de uno de los edificios más altos de la ciudad. Sin embargo, no sabía quién era. Mientras que los días continuaban pasando, ella seguía presente en aquella casa, sintiéndose un poco ajena a lo que sucedía.

—Si tan solo pudieras hablar —le dijo una vez a Nathan— Me dirías todo lo que sabes de ese hombre. No lo sé ¿Qué le gusta? ¿Qué tipo de cosas hace durante el día?, es que, es un poco extraño que llegue todo el tiempo tarde y haga como que el mundo no existe —vaciló, suponiendo que él le respondía— Oh, entonces no conoces muy bien a tu papi ¿Verdad? ¿También es una persona misteriosa para ti?

Mia, había adquirido la costumbre de hablar con el pequeño, exteriorizando sus pensamientos, con el fin de hacer más ameno sus horas con él, quien la miraba emocionado, motivándola a seguir haciéndolo.

—Es decir, no es que me importa —no estaba del todo segura—, pero, no dice mucho y... bueno, es raro —vacilaba, mientras que se imaginaba una respuesta proveniente del chiquillo—, y sí, sé que yo tampoco le digo mucho, pero ¿Sabes? Por lo menos no estoy todo el tiempo con esa cara perdida con la que siempre llega. Así que tampoco es mi culpa.

La presencia fluctuante de Noah, su misteriosa forma de ser y la manera en que actuaba con indiferencia al estar con ella, no era más que una costumbre adquirida que llevaba meses presente entre los dos, que, sin embargo, no hizo más que contribuir en su incipiente curiosidad. Y ella no estaba sola en eso. Siendo preso por una sensación semejante, él fue acostumbrándose a la presencia de Mia, realidad que notó cuando empezó a sentirse enajenado al no verla aquellas veces en que Jane llegaba y la relevaba unas horas antes que él lo hiciera. Incapaz de darle una razón a todo eso que sentía, buscó callar sus pensamientos de la forma en que llevaba haciéndolo hasta entonces.

Víctima, no solo de la curiosidad, sino de aquello que le hacía sentir extraño, acudió como de costumbre a Susan quien, lejos de seguir siendo una buena distracción, se había vuelto un hábito en el que se consagraba para tener una mínima de paz interna que, al final, terminaba dejándolo más vacío que al principio. El rostro de su esposa, el de Susan y el de Mia, se debatían sus lugares cuando trataba de olvidar a una, usando a la otra.

El conflicto interno que le ocasionaba no poder amainar sus penas con lo que alguna vez y por mucho tiempo le funcionó, ahora era más grande dado que no era a Karen a quien no podía sacarse de la cabeza. Al principio, no entendió a qué se debía, mucho menos por qué tenía que ser ella. ¿Acaso no es con Susan con quien estoy intimando? Incapaz de tener una conexión real con su amante, ignoró por completo lo que estaba sucediendo a su alrededor. El mundo, tal cual le habían advertido, seguía girando con o sin él, y ahora que se le puso de frente, se fue de bruces con las cosas que intentaban ponerlo al día.

Karen, ya no estaba con él, Mia, estaba consciente de que había algo de él que le llamaba la atención y Susan, ya no sentía el mismo clamor que alguna vez la había encendido. Y lo entendió mucho antes de que su compañero lo hiciera.

—¿Estás bien? —le preguntó luego del sexo y de que él comenzara a sentirse en conflicto.

—Sí, claro que estoy bien. ¿Por qué habría de no estarlo?

Susan, sabía que estaba siendo usada y que, a pesar de saberlo, continuaba haciéndolo con él. Ciertamente no podía negar que era una actividad que disfrutaba al máximo, pero que, desgraciadamente, la estaba haciendo sentir cosas que sabía que no estaban presentes en todo eso.

—Bueno —vaciló—, no parece que lo estés.

A la defensiva y tratando de no ser muy obvio, Noah le respondió.

—Te dije que no tengo nada, no te preocupes —y lo acompañó fingiendo una sonrisa.

Pero Susan no era tonta.

—No tienes por qué mentirme, Noah —afirmó—, sé que tienes algo, al igual que sé por qué siempre me llamas para que tengamos relaciones.

—¿Qué? —se empezó a sentir nervioso— ¿Qué dices? ¿A qué te refieres?

—Una mujer lo sabe, Noah; sabe cuándo ves el rostro de otra en el suyo.

—Yo... —intentó decir algo, mentir, lo que fuese, pero, no encontró nada en su arsenal de excusas.

—No tienes que explicarme nada; a pesar de que no sepa qué se siente, creo que puedo decir que te entiendo.

Susan, a pesar de estar segura de lo que decía, y de tener razón, supuso que la mujer a la que estaba viendo, era a su difunta esposa, quien en principio lo fue y que realmente, ahora, era otra quien ocupaba ese lugar.

—Pero no creo que pueda seguir haciéndolo —confesó—, es decir, está bien, me gusta y todo, pero, no creo que pueda sustituirla, no de esta manera y... estoy segura que la verdad no estás interesado en mi de esa forma.

Noah, veía a Susan, y observaba cómo estaba lastimándola con sus irresponsables acciones. En ese momento, entendió que aquella mujer con quien buscaba refugio, había desarrollado los sentimientos que él había sido incapaz de experimentar por tanto tiempo.

—Susan, yo —vaciló, sin saber cómo decirlo—, lo siento... en serio.

Susan, se acercó a Noah lentamente, con una sonrisa en el rostro; ya se había resignado meses atrás, ahora solamente quedaba espacio para el cambio.

—Descuida —dijo, cogiendo su rostro entre sus manos; acercándose un poco más a él hasta el punto de que no había espacio alguno entre los dos, y,

tras darle un beso, agregó—: no tengo nada que perdonarte.

Noah, no podía estar más confundido en ese momento porque entendía que había algo que se escapaba de sus manos; ese algo, era la forma en que había descuidado los sentimientos de Susan e ignorado los suyos. Afligido, intentó disculparse de nuevo, deteniéndose nada más porque sabía que no lograría nada con eso. Ella lo entendía y, a pesar de haber disfrutado todos los encuentros que tuvo con él, estaba al tanto que no habría manera de que, eso que podían tener, funcionase. No fue hasta ese momento en que él lo comprendió.

Luego de darle otro beso, Susan se acomodó la ropa, se dio la vuelta y se salió de la oficina, consciente de que, a partir de ahí, no tenía motivos para seguir en aquella compañía. En ese instante, la poca estabilidad que quedaba en Noah, se perdió por completo. Su separación de ella, no constituía una ruptura amorosa, pero, al no poder lidiar con el abandono una vez más, simplemente dejó que su mente actuara por sí sola. Nada podía contrarrestar los efectos de la depresión, mucho menos, de la sensación de lo absurdo ni de la pérdida de propósito. Noah, había tocado fondo, convencido de que, después de ahí, no se podía caer más bajo.

Como resultado de eso, se acercó al mini bar de su oficina y cogió una de botella, cediendo de este modo, a un vicio diferente.

SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

—¿Realmente sé estar sin ella? Es que... se fue sin avisar. Ahora todos esperan que abrace al dolor que finge ser un viejo amigo; tan indiferente, ignorante, sin ánimos de ser inclemente, pero siéndolo de todos modos. ¿Qué puedo esperar de un amigo así? Intenté borrarlo, sí, pero solamente logré abrir un hueco más grande. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Asimilarlo? ¿Actuar como si nada? —Dijo Noah.

Tras pensarlo un poco más, se llevó el vaso a los labios y bebió de él sin respirar hasta dejarlo completamente vacío; tras toser el clamor del licor que raspaba su garganta, golpeó la barra con el puño, llamando la atención de quien le atendía.

—Otro, por favor —pidió al bartender.

El sexto trago de la noche, había fracasado en borrar sus penas. Más vulnerable que antes, no lograba sacarse a Susan, con quien ya no podía contar para distraerse por unas cuantas horas. Desde que dejó de un lado lo que tenía con ella, no paraba de pensar en qué hacer para mantenerse ocupado, siendo eso, lo único que lo separaba de la locura.

—¿Qué puedo hacer entonces? —le preguntó Noah al bartender, quien a pesar de parecer que estaba escuchándolo, no le prestaba atención— Porque no tengo idea, no sé qué hacer.

Este, cogió el vaso vacío y se dispuso a llenarlo.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó el bartender, sin saber muy bien de qué hablaba; respondiendo a sus preguntas con otras más ambiguas con el fin de mantenerlo distraído para que siguiera consumiendo.

Tras entregarle el vaso, lo miró a los ojos, presentándole la misma interrogante sin decir ni una sola palabra.

—No lo sé —Noah cogió el vaso, luciendo arrepentido— la verdad es

que no lo sé.

—¿Estás seguro?

Noah, se sentía, no solo incapaz de responder a esa pregunta, sino incomodo al intentar hacerlo. Susan, había servido como placebo por mucho tiempo y el haber interrumpido su dosis diaria de ella, lo dejó más vacío de lo que ya estaba; desesperado por encontrar otra medicina que fuera capaz de aplacar su dolor del mismo modo, probó suerte en el licor, pero, este no parecía solucionar nada.

Con un comportamiento excesivo que demostraba la falta de estabilidad de su persona, noche tras noche se excusaba con Mia diciéndole que debía atender asuntos importantes del trabajo; ella no lo cuestionó al principio (la primera semana) atribuyéndolo al hecho de que esa era la razón por la cual la había contratado como niñera, pero, en lo que comenzó a notar que el estado en que llegaba no tenía nada que ver con el trabajo que presumía hacer, dejó de creerle.

Indecisa entre confrontarlo o no, con curiosidad lo observaba llegar, intentando analizar qué era eso que tanto hacía durante las noches que llegaba tan ebrio y por qué lo hacía. Veía el reloj, y se preguntaba una y otra vez en donde estaba, esperando a que llegase más sobrio que la noche anterior.

Pensaba en confrontarlo, preguntarle qué era lo que intentaba hacer y por qué lo hacía. Ajena a su condición y estado emocional, Mia continuaba esperando una mejor actitud de su jefe, quien, a pesar de no haberse mostrado como realmente era frente a ella, estaba presentando un comportamiento errático que le preocupaba. Al poco tiempo de notar que no dejaría de llegar en aquel estado, pasó a quedarse en su casa una que otra noche ya que sabía que sería incapaz de atender debidamente a su hijo.

Aprovechándose así de aquella decisión, intentó observar más de cerca a Noah con la esperanza de hallar algo sobre él que este no era capaz de decirle

por sí mismo: ¿Qué tipo de hombre era? ¿De qué trabajaba? ¿Qué pensaba con exactitud? Pero, fallaba en encontrar lo que buscaba dado que, cuando llegaba, iba directo a su cama, y cuando se despertaba, la resaca era más fuerte que su presencia.

Pero, tres semanas ya eran demasiados. Un hombre con una responsabilidad tan grande como lo es tener un hijo, no podía permitirse llegar todos los días en aquel estado y descuidar casi por completo a su cría, así que, llena de valor, Mia decidió que sería hora para confrontarlo.

—No lo estoy —le respondió Noah al bartender—; hace ya mucho tiempo que no estoy seguro de algo.

Noah, comenzaba a sentir el efecto aislado del licor como algo ajeno a su persona. Se mareaba, arrastraba cada palabra cuando intentaba hablar y lo que pensaba no era lo que salía por su boca, aunque, a pesar de todo eso, se mantenía cuerdo. Entendía a la perfección que el hombre con quien pretendía hablar, realmente no estaba prestándole atención, pero no hacía nada al respecto porque los beneficios de estar ebrio era que las cosas no le importaban lo suficiente.

Levantando el vaso, agradecía sus sabías palabras evasivas y tomaba de un solo trago su bebida. Del sexto, pasó al séptimo y de ahí, pasó al octavo, mientras que contaba los minutos para irse y pretender que no había estado bebiendo; algo que hacía sin éxito cada noche, esperando que Mia no se diera cuenta; aunque, de cierta forma, seguía haciéndolo porque, muy dentro de su ser, sabía que esa era la única forma de despertarse y que ella estuviese ahí.

—Ya me tengo que ir, Ethan —dijo Noah, llamando al bartender por un nombre que no era el suyo; se llamaba Dan—; ella me está esperando.

—¿Quién? —preguntó él, tratando de hacerlo quedarse.

—Mia; Mia me está esperando —aseveró— y no quiero que sepa que

estuve bebiendo.

—¿Por qué?

—Porqué... porqué ella... porque está en la casa esperándome —dijo, inseguro de su respuesta.

—¿Y eso qué? —Dan, cogió de nuevo el vaso y sirvió otra ronda.

—Está en la casa, cuidando de Nathan; es una gran mujer. Siempre está ahí, esperándome con esa cara angelical y juvenil con la que me ve todo el tiempo cuando llego. Y por eso no quiero que me vea ebrio.

Se irguió, se puso de pie y acomodó su traje; levantando el mentón y pretendiendo estar sobrio.

—Hace mucho por mí —continuó Noah—, y cuida mucho a Nathan y eso me gusta. No quiero que se vaya porque no sé qué haría sin ella. Me gusta mucho tenerla cerca.

Dispuesto a irse, aturdido y bajo el efecto del alcohol, miró a Dan y luego al vaso que le acababan de servir.

—Tal vez un último trago —agregó antes de coger el vaso.

De camino a casa, hizo lo que pudo para borrar su expresión de ebriedad del rostro para actuar de forma normal y evitar que ella se diera cuenta que había bebido. La idea de ser juzgado de forma negativa por Mia, le causaba un gran descontento. Durante días se cuestionó la posibilidad de dejar de beber irresponsablemente porque tenía la impresión de que su actitud alteraba la opinión que tenía ella de él y eso era inaceptable, aunque no encontraba muy bien por qué, ya que, hasta donde tenía entendido, Mia no era más que la niñera de Nathan, pese a eso, no dejaba de pensar en ella, y más ahora que no podía reprimir su dolor con la ayuda de Susan.

—¿Cómo estás? —preguntó, sintiendo que tenía control total de sus palabras.

Su entorno se encontraba un tanto borroso, taciturno y lejano. Tenía la

impresión de estar bien, se sentía bien. Quería hablar con Mia, no sabía por qué quería hacerlo, pero sentía que debía. La miró a los ojos, seguro de sí mismo, consciente de que tal vez estaba un poco ebrio, pero no lo suficiente como para que ella tuviese una mala impresión de él.

—¿Cómo estuvo todo hoy con Nathan? —preguntó— ¿Todo bien?

—Es un poco tarde —le respondió Mia— ¿No lo cree?

—Sí, disculpa, es que... estuve un poco ocupado.

—Está bien... —la escuchó decir.

Lo que Noah no sabía era que, las cosas no estaban pasando como él creía. En lo que pudo llegar a la puerta de su departamento, intentó abrirla con la llave a pesar de que la puerta nunca estuvo cerrada. Mia, cogió la costumbre de dejarla abierta desde unas cuantas semanas atrás dado que Noah constantemente fracasaba en abrirla y más de una ocasión, amaneció dormido en el suelo dado que se frustraba luego intentar varias veces.

Luego de suponer que la había abierto, se encontró con la mirada furtiva de Mia, quien lo esperaba en medio de la sala, para comentarle que no podía seguir llegando a esas horas, en el estado en que solía hacerlo. Antes de pensar decírselo, siquiera de que llegara, había pensado demasiado lo que iba a decir. Sabía que no podía simplemente abordarlo con cualquier tema porque no tenían la confianza adecuada como para hablar de lo que podía o no hacer. Tras acostar a Nathan, eligió muy bien sus palabras, cómo las diría, cuál sería su postura, su tono de voz... lo necesario para no quedar como una entrometida.

Pensó en ser directa, en abordarlo como abordaría a cualquier amigo, a su madre o incluso a un cliente.

—¿Crees que es buena idea seguir llegando a estas horas de esa forma? ¿No ves que tienes responsabilidades que atender? —Se imaginó diciéndolo, y de igual forma, se imaginó la posible respuesta de Noah.

—¿Acaso te importa la forma en que viva mi vida?

La forma en que lo visualizaba: a la defensiva, serio, cáustico; la hizo retroceder. La idea de verlo enojado por algo que a ella no le incumbía le causaba una inquietud que no sabía explicar. Los meses con los que estaba trabajando para Noah, había desarrollado la necesidad de agradarle, algo que rivalizaba incluso con lo que había aprendido recientemente con la traición de su última pareja. Ese deseo iba íntimamente de la mano con la intención de confiar en él, algo que se había prometido no hacer tiempo atrás. Pero algo le decía que su jefe era diferente, que, si le daba la oportunidad, podría encontrar algo más profundo en él.

Fue esa misma idea la que la motivó a cambiar de táctica.

—Señor Noah, me gustaría hablar con usted.

Aquellas palabras le parecieron más apropiadas para la ocasión, para el nivel de confianza y el tipo de relación que guardaban. Con eso, pensaba llamar su atención y comentarle lo que le estaba preocupando. Aunque, no se esperaba que, justo esa noche, Noah llegase como aquellas ocasiones en las que no podía ni con su alma.

En lo que intentó abrir la puerta, estando está abierta, entendió que sería «uno de esos días». Cuando logró entrar luego de pelear con un obstáculo invisible, Mia se levantó, aun con la esperanza de que podría lograr algo ese día.

—¿Cómo estás? —preguntó Noah.

Sus palabras iban arrastradas una de la otra, dando la impresión de que había dicho más de dos. Aun habiéndolo escuchado, no retrocedió; quería intentarlo de verdad.

—Hola, señor Noah —respondió.

Noah, se acercó tambaleante hasta donde se encontraba su niñera luego de fingir cerrar la puerta que nunca estuvo cerrada.

—¿Cómo está Noah? —preguntó en realidad, imaginándose decir algo más complejo y con mayor fluidez.

—Está —vaciló— está bien.

Noah continuó caminando de forma errática por la sala, actuando como si no estuviera a punto de caerse en cualquier momento. Iba de un lado a otro, adelante y atrás, buscando la estabilidad, demostrando que no solamente era incapaz de mantener en equilibrio sus emociones, sino que tampoco su cuerpo.

—Se quedó dormido un poco tarde y... —intentó decir Mia, mientras que lo veía tropezarse con objetos invisibles, tentada a ayudarlo, pero viéndose interrumpida por Noah, quien estaba pensando en una conversación que realmente no estaba teniendo.

—Sí, disculpa, es que... estuve un poco ocupado.

Confundida, le respondió creyendo que sería apropiado fluir con su idea.

—Está bien —vaciló.

En ese instante, Noah se acercó a la isla que separaba la cocina del comedor y la sala, e intentó sostenerse de la mesa, pero no acertó como debía, cayendo de bruces, llevándose las sillas de por medio. Mia, habiéndolo visto todo, corrió para socorrerlo, e intentó levantarlo. Asustada, creyó que podría necesitar ayuda médica, aunque él no estaba inconsciente, aun con todo tampoco estaba cuerdo; se había rendido ante su ebriedad, dejando que ella tomase el control de sus acciones.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mia.

—No pasó nada —respondió Noah sin abrir los ojos con una sonrisa delirante, balbuceando las palabras, arrastrándolas y quitándole importancia a las mismas— estoy... muy... bien.

—¿Seguro? Se dio con todo, no creo que...

—Estoy bien; dije.

Mia, colocó el brazo de Noah alrededor de su cuello y le ayudó a levantarse.

—Vamos a llevarlo a su habitación —dijo, esforzándose por soportar su peso—; vamos, ayúdeme un poco.

Noah, no dejaba de irse a los lados, complicándole el paso a Mia, haciéndole más difícil sostener al hombre y guiarlo por los pasillos de su departamento. Lentamente, caminaron tratando de no hacer ruido y despertar a Nathan. Él, no dejaba de balbucear sus palabras, creyendo que mantenía una conversación importante con su niñera, cuando en realidad siquiera era capaz de gesticular con claridad.

—Usted sí que pesa, señor.

Mia, no dejaba de pensar en el hecho de que su plan había fracasado por completo. Ciertamente no se esperaba que Noah apareciese tan de repente en tales condiciones y mucho menos que se vería obligada a ayudarlo a caminar. Anteriormente había llegado con cierto grado de ebriedad a la casa, pero no era nada comparado con esta ocasión. Con su jefe incapaz de moverse por sí mismo, y con aquel pesado brazo alrededor de su cuello, supuso que todo eso constituía la primera vez que estaban tan cerca el uno del otro.

—Quédese aquí, señor; necesita dormir... —dijo, después de respirar aliviada— también puede que necesite un poco de agua —pensó— seguro debe estar súper deshidratado ¿Debería traerle agua? —se preguntó a sí misma, antes de girarse para ir a buscar un vaso, plenamente segura de que eso era lo que necesitaba.

Por su parte, Noah, a pesar de que parecía estar dormido luego de que Mia lo dejó caer sobre su cama, en realidad se encontraba equilibrándose sobre una cuerda en medio del estado de conciencia e inconciencia; aun despierto, en lo que ella estuvo a punto de salir de la habitación de su jefe, este la detuvo, alucinando por los efectos del alcohol, el cansancio y el

miedo.

—Por favor, no me dejes... —se lamentó, siendo brutalmente honesto.

Mia no pudo evitar detenerse, indecisa de si era con ella o solamente estaba delirando.

—¿Disculpe? —se giró.

—No me dejes, por favor; quédate conmigo. No quiero quedarme solo, no de nuevo.

Al ver el hombre que yacía tendido sobre la cama, no se había imaginado que fuera tan frágil y vulnerable. Por un momento, dudó en acercarse, sintiendo que podría tratarse de algo que no lograría controlar. ¿Quién era él? ¿Qué quería decir con eso? Durante mucho tiempo lo había visto; día tras día trató de descifrarlo lo mejor que pudo, entender cuáles eran sus motivaciones porque algo debía explicar su comportamiento evasivo y reticente. Una sensación confusa muy dentro de ella le decía que ese no era él en realidad, y lo confirmó en el momento en que lo vio ahí, dando vueltas sobre las sabanas.

—¿A qué se refiere?

—Por favor, quédate.

—Solamente voy a buscar un poco de agua, señor Noah.

—No —exclamó— no quiero que me dejes.

Repetía sus lamentos inyectándolos en el sentido profundo de sus palabras; se aquejaba, con los ojos cerrados, sintiéndose cada vez más inútil, incapaz de controlarse. Esa falta de dominio sobre sus propios sentimientos, lo proyectaba en la forma en que se movía, en los gestos de su cara y la tozudez de su petición.

—Solo quiero que te quedes, nada más.

—¿Seguro?

—¡Sí! Ven, por favor.

Insegura de si era buena idea hacerle caso a un hombre ebrio y delirante, se fue acercando con cuidado a lo que, según creía, podría tratarse de alguien mucho más roto de lo que parecía. De cierta forma, quería evitar hacerlo, salir de ahí y continuar con el estilo de vida que llevaba en aquella casa, aunque, aun sabiendo eso; era algo que no podía evitar hacer. A su lado, se sentó al borde de la cama en un pequeño espacio que Noah le había dejado preguntándose exactamente qué podría hacer. Aclaró su garganta y comenzó a sentirse incomoda.

—Gracias —dijo Noah, sintiendo que se había quedado.

Mia, intentó decirle algo, comentarle lo que tenía pensado mencionarle cuando llegó; sí, sabía que el contexto ni la situación se sentían adecuados para ello, más que todo porque la idea era confrontar a un hombre sobrio, capaz de entender sus palabras. Estando ahí, se debatió por cuanto tiempo estaría sentada, esperando a que reaccionara siquiera para decirle que ya era momento de marcharse.

Evitaba mirarlo a los ojos, sintiendo que así no se dejaría controlar por él del todo. Noah, esperaba que ella se acercara. Ninguno de los dos dijo más nada luego de eso, incapaces de mantener una conversación que fuese capaz de hacer menos extraño aquel momento. Los dos descubrieron en conjunto, lo que no esperaban encontrar en el otro; e incapaces de descifrarlo o entenderlo, se dejaron vencer por lo poco que tenían y les quedaba para mantenerlo.

DOS PIEZAS COMPLETAMENTE NUEVAS

El frío que estaba haciendo no la dejaba dormir y no tenía cerca alguna sabana que pudiera ayudarla a calentarse un poco. Con la impresión de estar acostada en una cama sin identificar ya que se podría tratar de la pequeña que tenía en casa de Noah o la suya a la que estaba ya acostumbrada, no quiso abrir los ojos porque sentía que de esa forma perdería el sueño y se vería obligada a despertarse por completo; aunque de cierto modo, no era tan importante averiguar en donde estaba, dado lo mucho que le costó conciliar el sueño en primer lugar.

Pero, «ya va», pensó, hasta donde sabía, ni siquiera recordaba cómo llegó a una cama la noche anterior. Esa pequeña duda comenzó a crecer en su interior, provocándole cierta inseguridad: ¿Dónde estoy? ¿Cuándo me dormí?; no abría los ojos para averiguarlo porque de cierta forma prefería seguir durmiendo a que evaluar su posición, pero, había algo que no encajaba en todo eso, así que intentó hacer memoria de los hechos sucedidos.

Temprano (no sabía en qué hora se encontraba o si ya era la madrugada del día siguiente), recordaba que quería hablar con Noah acerca de la condición con la que estaba llegando últimamente, quedándose ahí, incapaz de descifrar si al final habló o no con él, al mismo tiempo, con los ojos aun cerrados, lentamente empezó a hacer memoria de lo ocurrido hasta que, de golpe, dio con lo que estaba buscando.

—¡Mierda! —se levantó de pronto, entendiendo muy bien lo que estaba sucediendo.

En ese mismo impulso de levantarse, tanteó la cama y encontró el pie de Noah aun con los zapatos puestos. No se había ido todavía de la habitación de su jefe, y por lo que veía, se quedó ahí hasta caer dormida por completo. No recordaba el momento exacto en el que lo hizo, pero, dadas las evidencias no

puso en duda que en definitiva se dejó llevar hasta lograrlo. Se tocó el cuerpo para averiguar si no se encontraba desnuda ¿Quién sabe? Pensó, podría haberlo hecho sin darse cuenta. Luego de percatarse de lo absurdo de aquella idea, respiró profundo, incapaz de decir si realmente aquella posibilidad era del todo negativa.

—¿Cómo demonios pasó? —susurró, viendo a su alrededor, para encontrarse con el cuerpo inerte y los esporádicos quejidos de la respiración de Noah.

Parecía que estaba tan profundamente dormido, que si ella se movía él no se daría cuenta de que se había ido, y si tenía suerte, de que alguna vez estuvo ahí. Ninguno de los dos sabía que habían estado sin perturbarse mutuamente por más de cuatro horas, durmiendo tan apaciblemente con otras personas como si siempre lo hubieran hecho. Ella, horizontal en la cama y él vertical en posición fetal, habían compartido algo más que el sueño. Mia, intentó levantarse de la cama sin hacer ningún movimiento brusco.

—¿Tan mala compañía te parezco? —preguntó Noah, sin moverse, al sentir que Mia intentaba levantarse.

—¡Oh mierda! Me asustaste —exclamó, llevándose la mano al pecho.

—Disculpa —respondió Noah, moviendo su cabeza para verla mejor—, no quise asustarte.

Mia, se acomodó en la cama, sentándose de rodillas y entendiendo que no podría irse de ahí sin tener una conversación incomoda con Noah. En el mejor de los casos, solamente habría un silencio embarazoso, pero de alguna u otra forma, no sería muy agradable estar ahí; pensó ella. Él, se movió un poco para levantar su torso y apoyarse con sus codos sobre la cama. Con mayor control de su cuerpo y de sus palabras, decidió disculparse con su niñera.

—Supongo que te debo una disculpa.

Aquellas palabras, sacaron de lugar a Mia.

—¿Disculpa? ¿Por qué? —vaciló—, usted no me debe nada —agregó, negando con la cabeza.

—Claro que sí —aclaró su garganta— no estoy muy seguro de que hice anoche después de que entré a la casa, pero, por lo que veo, de seguro te causé una molestia innecesaria.

—Claro que no yo...

Noah, se sentó mejor, bajando sus pies de la cama y colocando la cabeza entre las rodillas, en un gesto de aflicción y para poder soportar el dolor de cabeza.

—Claro que sí, no me trates como un tonto; te contraté para que fueras la niñera de Nathan, no la mía.

—Sí, bueno, es verdad, pero no creo que eso tenga que ver con ayudarlo un poco.

—Puede ser.

Cabizbaja, no sabía qué hacer entre decirle lo que tenía en mente o quedarse callada hasta que la situación se tornara más desconcertante de lo que ya parecía.

—Creí que estaba dormido —tratando de crear conversación, levantó la mirada.

—Lo estaba, hasta que gritaste y me tocaste la pierna.

—¿Yo grité? Oh, rayos, lo siento, no quise...

—Descuida, no es para tanto, de todos modos, ya comenzaba a despertarme —Dijo Noah, y luego de levantar la mirada, agregó—: pero no me dijiste ¿Tan mala compañía soy?

—Bueno, es que yo... —Mia, intentó excusarse, sintiéndose juzgada por Noah, quien no se parecía en nada al hombre que había intentado abrir la puerta ya abierta de su casa—, es que creo que no es apropiado que esté

aquí. ¿Sabe?

—Es por eso que me disculpo, creo que anoche le dije algo que no tenía por qué decirle. ¿O me equivoco?

—¿Algo que no tenía que decirme? —fingió no entender— No, para nada.

—¿Entonces por qué se quedó aquí conmigo? —Noah se levantó y fue hasta la pared para accionar el interruptor de la luz.

—Bueno, es que, yo quise quedarme porque no creí que debiera quedarse solo en ese estado en que estaba —mintió, sin saber muy bien por qué no le decía la verdad.

La presencia intimidante de Noah, la hacía actuar de forma irregular. Ella, normalmente no se dejaba llevar por cosas como esas, tampoco era como que le importara lo que él pensase, pero con todo y eso, no quitaba el hecho de que el corazón le estaba palpitando con fuerza. Tras darse cuenta que debía tomar una mejor postura, se sentó en la cama, bajando los pies e irguiendo la espalda agregó:

—De todos modos, no importa; más bien soy yo quien se debería disculpar por haber dormido en su cama.

—No es para tanto —replicó Noah, acercándose a su closet para coger algunas prendas— hasta dónde sé solamente dormimos y ya.

—Sí, tiene razón, pero, yo tengo una cama en donde dormir aquí y debí...

—Ya déjalo, Mia —propició Noah— no es para tanto, te dije. Después de todo, yo no debí llegar cómo llegué para empezar. Y creo que tú piensas lo mismo —agregó, luego de coger una camiseta y un pantalón de pijamas.

Mia, levantó la mirada sin ocultar su evidente reacción ante las palabras de Noah, ignorando cómo pudo saberlo sin que ella se lo dijera.

—¿Cómo? —vaciló— Pero yo...

—Se te nota en la mirada —aseveró Noah— tienes tiempo haciéndolo, la verdad.

—No es que crea que no pueda hacerlo —se excusó— sino que... este... puede que no sea bueno.

—No me mientas, Mia.

Noah iba de un lado a otro, confundiendo más a Mia, quien trataba de entender exactamente qué intentaba hacer. Luego de que cogió la ropa, comenzó a desabotonar lentamente la camisa que llevaba puesta, lo que le hizo sentir aún más nerviosa.

—Sabes que no es eso...

Por su parte, Noah estaba intentando fingir una seguridad que realmente no tenía. Buscaba cosas con las cuales ocuparse para evitar hacer contacto visual con Mia, quien ya de por sí estaba realmente tensa. En lo que comenzó a desabotonarse la camisa, se percató de que su respiración se vio alterada. Él quería que ella le confesara cierta aversión para justificar la que por sí sentía. Para su fortuna, su niñera no estaba siendo del todo honesta. Tragando con fuerza, aun no estaba segura si su jefe estaba en la posición de recibir una crítica constructiva.

—No quiero que se enoje, sé que no es de mi incumbencia que...

—¡Vamos! —manifestó Noah, sacándose la camisa de sopetón— ¡Dime lo que piensas!

La desesperación de Noah por arruinar lo poco que le quedaba, comenzó a apoderarse también de las inseguridades de Mia.

—¡Está bien! —exclamó ella, dejándose llevar por el clamor de su jefe y, levantándose iracunda, agregó—: no me gusta que llegue ebrio a la casa. No debería hacerlo —mientras más gritaba sus palabras, más se iba acercando a Noah— ¡Carajo! Tiene un hijo ¿Por qué demonios no se comporta como una persona adulta? No es problema mío lo que haga con su vida, pero... pero

demonios, ¿No ve que ahora prácticamente ni siquiera pasa tiempo con Nathan? Yo no voy a estar aquí para siempre ¿Qué piensa hacer cuando me canse y me vaya? ¿Quién cuidará de Nathan?

—¿Crees que no lo sé? Que no sé, que no estoy haciéndolo bien.

—¿No parece, Noah, no lo parece! —Dijo Mia, apartándose, mirando a su alrededor, moviendo los brazos de arriba abajo, incapaz mantener la compostura, queriendo exteriorizar toda su frustración con cada parte de su cuerpo como le fuera posible—. Primero creí que realmente estabas trabajando, pero después comenzaste a llegar más y más ebrio, y comencé a notar que lo que estabas haciendo estaba mal. Y me digo ¿Desde cuándo me habrás estado mintiendo? No es como me importe, pero ¿Por qué lo haces? —subiendo la mirada y buscando la mirada evasiva de Noah, repitió—: ¿Por qué lo haces?

Mia, no conseguía exteriorizar apropiadamente sus pensamientos, decirle con claridad a Noah lo que pensaba; definitivamente esa no era la forma en que quería abordar el tema, se suponía que por eso había practicado mientras él no estaba para poder decirlo de la mejor forma. Ahora, irritada y gritando, sintió que había arruinado todo por completo. Pero él lo veía diferente. La forma en que ella lo estaba abordando, desató esa misma inestabilidad que no lo dejaba tomar decisiones de forma adecuada.

—¿Qué quieres que haga? Lo he intentado todo —Dijo Noah— Pero...

Las palabras no podían salir de su boca, siquiera sabía muy bien qué decir. Su intención era que Mia le confrontase, que le dijera lo que pensaba; creía estar preparado, pero, no fue así. La situación no parecía mejorar.

—Pero... no puedo lograr nada, no he logrado nada en mucho tiempo — Noah, se dejó caer en la cama, sentándose desolado—; yo solamente quería ser el mismo de antes, el mismo que era cuando estaba con ella. Pero no pude hacer nada bien.

Esta vez, el hombre vulnerable no estaba ebrio. Mia encontró en él eso que estaba buscando; su ser escondido, aquel individuo que se ocultaba tras de una máscara de indiferencia y seriedad; ahora estaba cerca del Noah de verdad.

—Me miento, me miento a mí mismo diciendo que intentaba olvidarla cuando en realidad solamente fingía que no me dolía —Noah, hablaba cabizbajo e indefenso—, y cuando creí que todo marchaba bien, vi que la verdad no era así; ahí todo se hizo más doloroso de lo que ya lo era.

Mia, fue amainando su inquietud. Ya no estaban discutiendo, ya no se veía irracionalmente enojado o a la defensiva; la forma en que le hablaba la hizo sentir culpable a pesar de haber tenido la razón. El modo que se sentía al lado de él cambió de forma radical.

—Noah...

Se preguntó qué podría decirle, pero fue ahí cuando entendió que la mejor forma de abordar aquello, era dejando que el silencio hiciera todo el trabajo. Noah no estaba siendo el hombre que siempre había sido; no tuvo que conocerlo desde antes para darse cuenta de eso. Aquella forma en que la nostalgia emanaba de él, en que el momento justo para decirle lo que ella pensaba, resultaba no ser el momento justo para hablar; decían mucho de él. Consciente de eso, se acercó a su jefe adolorido y se sentó a su lado, con la intención de mantenerse callada durante un buen rato.

Noah, respiraba profundo y con fuerza, proyectando su aflicción en los movimientos de su cuerpo al inspirar. Se propuso no levantar la mirada para hacer contacto con Mia, aun no estaba tan seguro de sí mismo como para hacerlo, lo que le llevó a preguntarse ¿Qué había pasado con el hombre que solía ser? Su pecho le presionaba, su cuerpo se sentía débil, sin vida; sabía que quería decir algo, confesarle a Mia que de un tiempo para acá ella había estado confundiéndolo día tras día, inmescuyéndose en sus pensamientos de

forma inusual hasta acabar por completo con la poca cordura que le quedaba.

Ella, lo veía de reojo, entendiendo un dolor que no estaba experimentando. Sabía que el hombre a su lado estaba atravesando por una situación delicada que no conseguía explicar, pero, que, a pesar de todo eso, se sentía exactamente de la misma forma en que ella se sintió alguna vez. La manera en que se estaba comportando, no solo inspiró en ella una forma diferente de verlo; al principio solamente era misterioso, ahora, se trataba de un hombre que sentía y que se hallaba afectado por la realidad en la que le había tocado vivir. Su corazón palpitaba tan fuerte como el de él, demostrándole que estar así de cerca de Noah la ponía nerviosa.

—¿Qué puedo hacer ahora? —preguntó Noah, interrumpiendo el silencio que los dominaba.

—¿Qué quieres hacer? —Mia no sabía qué responderle, cada vez más insegura; ya había arruinado todo anteriormente.

Quería acercarse más a él, creía que, si lograba tener un poco de contacto físico, él lograría sentirse un poco mejor.

—No sé si sirva de algo, pero quiero dejar de sentirme así —confesó Noah—; es tan patético y deprimente que siga lamentando algo que ya todos han superado.

—¿Estás seguro de eso?

—No, pero nadie se ve como yo.

—Tal vez son mejores que tú ocultándolo...

—Tal vez sea eso —reflexionó—, la verdad nunca creí que superar una muerte sería tan difícil.

—¿Hace cuánto pasó todo?

—Cumple un año el mes que viene.

—Oh...

—Seguro es eso lo que me tiene así ¿Sabes? —levantó la mirada, viendo

por fin a Mia a los ojos— Estar tan cerca del aniversario de su muerte... y no me gusta siquiera como suena.

—Supongo que no es tan fácil después de todo —dijo Mia, apartando su mirada después quedársele viendo como una tonta y, pensando que debía agregar algo para hacerlo sentir mejor, decidió decir—: pero, para ser honesta, a pesar de que no sé nada al respecto; ¿Qué puedo decirte? Soy una planificadora de bodas que no pudo triunfar en el amor.

Consiguiendo aquello legítimamente gracioso, Noah dejó escapar un resoplido en un intento de risa sutil.

—¿Qué? —exclamó, con una sonrisa muy sutil, alegre de que su intento de mejorar su estado de ánimo funcionara—; no puedo decirte como superar una perdida tan importante cuando ni siquiera puedo olvidar que mi prometido me engaño. Soy patética en todo esto.

—¿Con tu mejor amiga?

—Sí, después de casi ocho años de relación

—¿Con quién? ¿Con tu amiga o de novios? —preguntó Noah, intentando ser gracioso.

—De novios ¿Acaso te estás burlando de mí?

—Oh no —comenzó a reírse con mayor intensidad— no es eso, es solo que, la forma en que lo dijiste fue muy graciosa.

—No lo fue...

—Claro que sí...

Mirándose a los ojos, entendieron que la situación estaba mejorando poco a poco. A pesar de que Mia solamente quería que él notase que ella lo entendía, no evitó reírse con él.

—He estado tratando de evitar el asunto por mucho tiempo —confesó— y no quería comentárselo a nadie, ni siquiera me permitía pensar al respecto.

—Te entiendo.

—Es por eso que cuando me pedía que me quedase por las noches no me negaba porque, de cierta forma, me ayudaba a no tener que regresar al departamento que compartía con él. Me gustaba, ¿sabes?

—¿Estar aquí?

—Puede ser...

—A mí también me gustaba...

De entre todas las veces que sus miradas se encontraron en aquella conversación, esta, había sido la primera en que los dos pensaron que no necesitaban decir otra cosa. El silencio se fue apoderando del ambiente al igual que de ellos. Un calor comenzó a elevarse desde sus pechos hasta su cabeza, convirtiendo aquella tensión invisible que se estaba creando entre los dos a algo más tangible.

—¿En tiempo pasado? —Preguntó Mia, queriendo que fuese más específico; para pensar luego de decirlo, que eso podría arruinar el ambiente que se había creado. Sin embargo, ya lo había dicho, así que debía mantener su postura y esperar a que él le respondiera.

Noah comenzó a acercarse a Mia, sintiendo la misma atracción que a ella la estaba estremeciendo. Movimientos delicados, impulsados por la tensión que los envolvía.

—¿Qué quieres que sea? —Le preguntó Noah, sintiéndose cada vez más atraído por la mirada que una vez estuvo evitando.

¿Qué podía responder? Se preguntó ella, tratando de sobre analizar la situación, pero sin ser realmente capaz de conseguirlo. En lo que intentaba decir algo, sus palabras se veían interrumpidas por los sutiles movimientos de Noah, por su mirada penetrante, por sus propios intentos de respirar como una persona normal y no evidenciar su falta de control en aquella situación. ¿Qué está pasando? Pensó, experimentando algo que no había sentido en años; ¿Inseguridad? ¿Inquietud? ¿Miedo? Fuera lo que fuese, podía más que

ella.

Noah continuaba acercándose a ella, con una intención cada vez más clara centímetro a centímetro. Su mirada se perdía en la de Mia, el aire que respiraban era el que el otro exhalaba de sus pulmones; se encontraban tan cerca, que solo rivalizaba con la noche anterior cuando ella lo ayudó a caminar. Presos en aquel sentimiento que crecía en sus pechos, los minutos pasaban y ellos se deseaban con mayor intensidad mientras que el sol se iba asomando lentamente por la ventana.

—No lo sé —logró decir, encontrando las palabras dentro de las palabras. Incapaz de hablar con confianza. El hecho de que él siguiera acercándose no la estaba ayudando.

Aunque, aun siendo incapaz de darle una respuesta a las preguntas que se generaban en su cabeza y un nombre a eso que sentía después de tanto, por muy a pesar que entraba en conflicto consigo misma, su intención era demostrarle que, lo que quería responderle era: «Quiero que lo digas en presente», y Noah, leyó eso en sus ojos.

—¿Segura?

El hombre inseguro que se retorció en la cama del dolor, que apenas había reconocido que no podía superar una pérdida con facilidad, ahora estaba demostrando una confianza tan natural y propia de él, a la que Mia no lograba resistirse.

—Este... —vaciló, sintiendo el vaho de la respiración de Noah— creo que...

Pero Noah no se contuvo. Cuando le pareció que estaba lo suficientemente cerca de ella, se aventó contra sus labios, tomándola por sorpresa, incluso después de que Mia se lo esperase, lo que no sabía era lo mucho que le gustaría. Sin pensarlo mucho, se dejó llevar por el calor que su beso le confería; su suavidad, su pasión. Estuvo a punto de perderse por

completo en el clamor de aquel encuentro condicionado por el azar, hasta que se percató de lo que estaba pasando.

—Oh —exclamó, respirando con fuerza después de que logró apartarse de los labios de Noah— No deberíamos estar haciendo esto —se excusó.

—No te dejes llevar por un cliché —repuso Noah, evadiendo la poca resistencia que estaba poniendo Mia y volviendo a besarla.

¿Qué no me deje llevar por un cliché? Pensó, mientras que Noah le iba quitando el poco auto control que le quedaba, y aunque no sabía a qué quiso referirse, la pregunta se fue desvaneciendo en sus pensamientos como si se tratase de partículas de humo. Referenciando escenas poco originales del cine, él consiguió confundirla lo suficiente para poder hacer lo que realmente quería: besarla. Todo había sucedido tan rápido y a la vez tan premeditadamente, que no quería desaprovechar esa oportunidad.

Sus labios comenzaron a desnudar su piel con sutileza, mientras que la respiración de Mia se iba elevando tanto como sus pensamientos. Lentamente le fue despojando de lo que tenía, enardeciendo en pasión y lujuria. Ninguno de los dos se esperaba ese extraño cambio de eventos, pero una vez atrapados en él, decidieron disfrutarlo al máximo.

Sus manos pasaban de su cuello a su rostro, de y de ahí bajaban hasta sus hombros para irse desplazando hasta las partes más sensibles de su ser. Él buscaba sus pechos, cubiertos por varias capas de tela, mientras que Mia aprovechaba que el pecho de Noah estaba desnudo para sentir la piel firme del hombre que la estaba besando. A pesar de sentir que tenía que apartarse, dejarlo ir, evitar hacer lo que hacía y salir corriendo lo más rápido que pudiese; sabía que no había modo alguno en aquella realidad en que pudiera dejar escapar aquel hombre de sus manos.

Sus labios no dejaban de proyectar sobre los labios del otro, el placer que les causaba abandonar sus inhibiciones y darles libertad a sus instintitos.

Noah, se abrió paso entre las fronteras de su ropa para comenzar a jugar con los pechos de Mia, los cuales encajaban en la perfección en la palma de su mano, como si hubieran sido hechos para que él los tomase. La forma en que lo hacía, logró convencerla por completo de que nada de eso era un error.

El placer de ser tocada no se comparaba con ninguna otra cosa; había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien, realmente interesado en hacerla sentir bien, le daba el trato adecuado a su cuerpo. Con su lengua, comenzó a lamerle los pezones, logrando así que el órgano más grande que tenía, se erizara por completo. Sutiles apretones, movimientos circulares, y el peso de su presencia sobre ella, la hacían gemir en crescendo.

Con su lengua, fue trazando un camino sobre la línea de abdomen, mientras que apretaba su cintura, sus caderas y la levantaba para apretarle las nalgas. Mia se sentía estimulada por todos lados, reconociendo que nadie había prestado tanta atención en su cuerpo del modo en que Noah lo hacía. Sin avisarle, él comenzó a besar sus otros labios, dando pequeños pasos alrededor de su clítoris. Apretaba sus pechos al mismo tiempo que enterraba su rostro entre sus piernas.

Mia comenzó a gemir con mayor intensidad, encantada por la forma en que Noah cuidaba del detalle. Con un dedo con el que logró penetrarla, empezó a estimular el interior de su vagina, aumentando el placer junto con las ganas de gritar que se acumulaban en su pecho. La manera en que la tocaba le estaba desesperando, queriendo sentir todo cuanto podía, y cuanto le fuera suficiente. Ella misma se apretaba los senos, los pezones, mordía sus dedos, arrugaba las sabanas. Apretaba el rostro de su hombre en su entrepierna, deseando que lo hiciera más duro, y con mayor fuerza.

—Sí, ¡Demonios! Sí —dijo entre gemidos— ¡Mierda! Me encantas.

Pero Mia quería más. Armándose de fuerzas para poder apartar a Noah de sus piernas le miró a los ojos, lasciva e insaciable para decirle:

—Quiero tenerte en mi boca.

Con una sonrisa traviesa, Noah se levantó, se dio la vuelta, y haciendo un sesenta y nueve con sus cuerpos, colocó su escroto sobre el rostro de Mia.

—¿Así? —preguntó él.

Mia no perdió el tiempo, y cogió su pene erecto entre sus manos y, con una en el falo y otra apretándole los testículos, se lo introdujo en la boca.

—Supongo que sí —se respondió Noah a sí mismo, sintiendo cómo Mia se tragaba su miembro.

Ambos se estimularon el uno al otro como mejor les pareció, asimilando sus sexos con pasión, mientras que sus cuerpos reaccionaban con espasmos de placer ante el estímulo del otro. Al cabo de un rato llevándose el pene de Noah hasta la garganta y que él metiera cada uno de sus dedos y su lengua dentro de la vagina de Mia, decidieron que era momento de entregarse como se debía.

Con las piernas abiertas y elevadas, Mia apretaba sus pechos a la par en que Noah colocaba su pene en posición y apreciaba la belleza de su cuerpo. Sin más preámbulos, empujó su cadera y penetró con cada centímetro de su ser, la existencia de Mia. Al entrar de golpe tomó una bocanada de aire que mantuvo en suspensión mientras que asimilaba el placer que le generaba sentir aquel grueso fierro atravesarle el alma.

—Joder —dijo, aguantando la respiración— ¡Qué bueno!

En lo que Noah comenzó a mover sus caderas, su pene salía y entraba de ella creando en su interior un manojito de sensaciones que la dominaban. Cada vez que besaba la entrada de su útero con el glande y rozaba sus labios húmedos con el resto de su falo, convertía sus gemidos en un parque de diversiones lleno de colores, sonidos por todos lados y lleno de placer. Golpe, tras golpe tras golpe, Mia llegaba más cerca del siguiente orgasmo, el cual recibía emocionada aguantando la respiración, borrando sus pensamientos y

relajándose por completo.

Pero Noah no se detenía. Él parecía tener energía para toda la noche, penetrándola como si se tratara de un maratón y cada orgasmo fuera una meta diferente. Apretaba sus senos, besaba sus pies, le mordía los labios o le daba nalgadas. Mia se daba la espalda para levantarle el culo y mostrarle su trasero expuesto mientras que él continuaba enterrándole el alma. Cada posición en la que se colocaba, sentía cómo aquel pene se apoderaba de ella.

—Sí, mi amor, así. Métemelo ¡Más duro! ¡Vamos! Entiérramelo...

Mia, sentía que se había conseguido a un hombre que sabía cómo hacerla sentir mujer. Cada parte de su cuerpo se rendía sobre lo largo y ancho de su cuerpo, contemplando lo perfecto que era ser penetrada por una persona así. No le hacía falta más nada porque, por el modo en que la poseía, se podía decir que lo tenía todo. Gritaba, se mordía los labios, buscaba a tener algo entre la boca o las manos para poder drenar todo el placer que se acumulaba en su vagina e iba extendiendo por el resto de su cuerpo.

Noah, estaba satisfecho por la forma en que la vagina de Mia se apretaba alrededor de su pene, deseándolo, succionándolo como si quisiera quedarse con él para toda la vida. Le encantaba la forma en que sus nalgas rebotaban cuando ella saltaba sobre él, o en el sonido que hacían cuando le daba una palmada que la dejaba roja y con la silueta de su mano dibujada.

—Más, mi amor, dame más duro —decía, refiriéndose a todo lo que él le hacía sentir.

El sonido de su voz, elevaba su espíritu, mejorando incluso el sexo en su totalidad, llevándolo más cerca al clímax.

—Ahí voy —dijo Noah, sintiendo como su carga espesa estaba a punto de salir.

—Adentro no —exclamó ella, entrando en razón— lo quiero en mi boca —agregó, moviéndose al frente para sacárselo y arrodillarse frente a él.

Con el pene en la cara, Mia veía satisfecha al hombre que la había hecho llegar tantas veces que no podía mantenerse quieta. Las piernas le temblaban, el pecho le palpitaba con fuerza y la vagina se convulsionaba de placer, mientras que él se masturbaba para apresurar la eyaculación.

—Ahí viene —dijo Noah, viendo cómo Mia cogía su pene, y se lo metía en la boca para no desperdiciar ninguna gota— Sí...

Luego del sexo, ambos se dejaron caer sobre la cama, sintiéndose realmente complacidos. Encantados, con la respiración agitada y el cuerpo agotado, ambos habían logrado satisfacerse mutuamente.

Todo ello resultó ser un encuentro inesperado que consiguió hacer que se identificasen como las dos personas más felices sobre la faz de la tierra. Aquellos sentimientos encontrados no pudieron haberse expresado de otro modo que no fuera con la mayor demostración de confianza, algo que rivalizaba con el estilo de vida al que ella quiso someterse; o por el mayor hallazgo de significado, algo que rivalizaba con el sufrimiento al que él se había consagrado. Dos cartas sencillamente iguales, impresas por separado. Noah, halló en ella las cosas que intentaba buscar en vicios y excusas; mientras que Mia, redimió al amor en la forma en que él la veía.

Durante meses ese mismo sentimiento de renacimiento, dibujó los días con trazos suaves que los mantuvo a ambos en un estado de plenitud y entereza, haciendo así, que los pronósticos para el futuro no fuesen más que buenos augurios. Noah, encontró al fin esa estabilidad emocional que tanto había añorado en secreto, justo después de que su difunta esposa se marchase. La idea de no estar de nuevo con ella, era capaz de romperle el corazón igual que antes, pero, mientras Mia estuviese a su lado, ese vacío que ella había dejado, se llenaba con una pieza completamente diferente pero que encajaba a la perfección, lo que le hacía sonreír porque sabía que podría verla al día siguiente; un sentimiento que no quería perder nunca más.

Al igual que él, Mia, contemplaba aquel cambio como uno realmente grande, inesperado y completamente maravilloso. La actitud fluctuante que la definía, consiguió el equilibrio al momento en el que agregó un nuevo factor a su vida; la presencia de Noah representaba ese algo que creía haber perdido; el modo en que le hablaba, la miraba, la trataba y la hacía sentir segura, era algo que no quería reemplazar. Aunque, muy en el fondo de su ser, le aterraba que lo que le sucedió una vez, volviese a pasar; en esos momentos de incertidumbre, él se encargaba de demostrarle con el mayor afecto posible, que nunca pasaría mientras estuviesen juntos.

Mia y Noah compartieron cada segundo de sus días preguntándose si aquello que se imaginaban el uno al lado del otro, estaba conjugado en presente. Las veces que el azar exigía más de su tiempo; sin importar cual fuese el motivo: trabajo, trafico, compromisos, no entrar al baño al mismo tiempo... cualquiera, de entre todas las cosas que podían hacer juntos pero que era víctima de algún obstáculo, Noah le daba una excusa con alguna frase como:

—Quería estar esta noche contigo.

A lo que ella, indiferente del contexto de la pregunta (siempre y cuando hiciera uso del pretérito imperfecto de indicativo), le respondía con aquellas palabras que no logró usar la primera vez que se entregaron el uno al otro:

—Quiero que me lo digas en presente —con un tono de voz seductor y estimulante que era capaz de cambiar el tema de la conversación en cuestión de segundos.

Despertando la avidez o la concupiscencia, sin importar el lugar, la hora, el momento ni el cómo, lo único que querían era compartir ese instante incluso si solo significaba que se tomarían de la mano. La idea era hacer lo que se pudiera en el presente en que se encontraban, y eso los llevó a experimentar la mejor época de sus vidas.

Sin embargo, el destino parecía querer darle una última prueba a Mia.

—Mucho gusto en conocerte Carl —dijo Noah, estrechándole la mano—
Me han dicho muchas cosas buenas sobre ti —aseveró, sin saber todo en
realidad.

LAS VUELTAS DE LA VIDA

La primera entrevista de Carl en muchos meses, significaba una nueva etapa para su vida. Desde que arruinó lo que tenía con la mujer que amaba, que acabó sus prácticas sin conseguir un contrato que le asegurara un futuro prometedor y de que sus opciones laborales se redujeran a un puesto en la freidora o la caja registradora de un restaurante de comida rápida, aquello, instituía un escalón en positivo para su carrera en el mundo de las leyes corporativas, más que todo porque, si lograba conseguirlo, harían de él, el hombre con más suerte en la ciudad; llegar a ser el abogado de una empresa requería mucho más de lo que él tenía.

—Espero que hayan sido muy buenas entonces —bromeó, tratando de ocultar sus nervios detrás de un falso gesto de confianza.

—Lo han sido, créeme —comentó Noah, invitándolo a sentarse en la silla que estaba en frente de su escritorio—; un buen amigo mío me dijo que eras un excelente abogado; y para ser honesto, estoy necesitando uno que sea realmente bueno —agregó Noah.

Este, se acercó al mini bar que una vez lo acompañó en sus penas y se dispuso a servir un vaso de whiskey.

—¿Quieres algo? —preguntó siendo cortés.

—Sí, un poco de agua, si no es mucha molestia.

Noah sonrió, advirtiendo que Carl estaba tratando de dar la mejor impresión que se le hiciera posible; eso era algo digno de respeto.

—Sí, Johnny —se aclaró la garganta, bebió un poco de agua, para usarla de pretexto con el fin de ocultar que estuvo a punto de abusar de su confianza, y acomodando sus palabras, dijo—: digo, John...

—Descuida, somos amigos del mismo amigo —trató de calmarlo Noah, viendo que el sudor le empezaba a correr por la sien.

—Vale —vaciló— en lo que Johnny me comentó que conocía a alguien que conocía a alguien que conocía a...—aclaró de nuevo su garganta y bebió otra vez del vaso; divagaba cuando se sentía nervioso—... no creí que fuera alguien como usted.

Noah no pudo evitar quebrar en risas; la forma en que Carl lo idealizaba decía mucho de lo que su imagen proyectaba y, para lo que él respectaba, era una imagen que le quedaba muy grande. Aquel repentino arranque de carcajadas, desconcertó aún más al abogado amateur, lo que hizo que se preguntara si eso significaba algo malo para él.

—Soy un tipo normal —afirmó Noah—; aun no creo que puedas referirte a mi como «alguien como yo» —para luego agregar entre carcajadas más sutiles— no es para tanto ¿Sabes?

—Bueno, señor...

—Dime Noah, por favor —interrumpió, demostrando seguridad.

—Sí —seguridad que incomodaba a Carl—; bueno, Noah... usted solo, ha hecho crecer esta empresa de la nada, la forma en que está haciéndose de un nombre, comienza a llamar la atención y eso...

—Descuida, no es para tanto —le interrumpió de nuevo—, no creo que hayas venido aquí para decirme lo que ya sé ¿Cierto? Se supone que la idea es que podamos trabajar juntos; y en función para lograrlo, asumo que soy yo quien debe saber de ti, ¿O me equivoco?

Luego de interiorizar que estaba dejando que sus nervios hablasen por él, Carl comenzó a comentarle a Noah por qué se suponía que debía contratarlo. Desde el hecho que había hecho una pasantía de un año en una prestigiosa empresa, hasta que se había graduado con honores en la universidad, hacían de ambas coyunturas (las cuales lo representaban en conjunto), las únicas dos cosas que tenían relevancia dentro de su currículum y, junto a unos elaborados eufemismos, tenían la intención de convencer al hombre que estaba en frente

suyo, el cual, por su parte, no dudaba en darle un contrato después de todo. Realmente necesitaba un abogado que supiera defenderse y que estuviera solamente disponible para él.

—Me parece un expediente bastante interesante —confesó Noah—. Pero creo que te falta escribir en él lo mejor de todo —le sonrió, dándole esperanzas—, y creo que podemos lograr todo eso juntos.

Las palabras ambiguas de Noah, dieron en el lugar justo. Carl intentó ocultar su emoción, pero fracasó en el intento. Levantándose animado, le extendió la mano a su nuevo jefe; éste, no contuvo una sutil risa hilarante tras ver que parecía haber hecho feliz a un hombre sencillo, así que le respondió el gesto.

—Le prometo que no le defraudaré —aseveró Carl, estrechando su mano y agitándola con entusiasmo.

—Eso espero, amigo, eso espero.

Ajeno a lo revelador que podía ser ese encuentro, atribuyó todo ello a una simple coincidencia. La ciudad era un lugar realmente grande como para que el mismo Carl tocara a su puerta para solicitarle empleo, justo después de que había conseguido la estabilidad emocional en la mujer que él había roto. Mia le había comentado su nombre, qué había hecho y por qué debería odiarlo, pero, mientras habló con él, encontró que era un sujeto bastante agradable; cosa que no ayudó mucho en la relación de hechos.

Mia, sabía que tendría una reunión con un tal Carl, quien había sido recomendado por un tal John, que tenía experiencia en leyes empresariales. La información que manejaba al respecto era muy pobre, más que todo porque, al escuchar el nombre del sujeto (a quien no relacionó incluso sabiendo que su Carl encajaba perfectamente en ese perfil), decidió hacer caso omiso al asunto, concentrándose solamente en lo que realmente importaba: en si Noah había conseguido lo que buscaba.

—¿Cómo te fue con el tal «Carl»? —preguntó Mia, usando un tono de voz vejatorio al mencionar su nombre.

Noah, consciente del desprecio que le tenía y consiguiéndolo extremadamente adorable, respondió entre risas.

—Nos fue bien, resulto ser un tipo bastante agradable.

Mia no se creía esa mentira de que un Carl en el mundo podía ser una buena persona, así que sacó su lengua en un gesto de asco y dejó el tema hasta ahí y que no hubiese ocasión alguna para retomarlo de nuevo.

—¿Cómo te fue hoy? ¿Hiciste algo divertido?

La manera en que los dos se iban tratando, poco a poco se acercaba más al de una familia compuesta por dos padres amorosos y un hijo encantador. Mia, no sentía la necesidad de atender sus asuntos de planificadora de bodas, ya que su nuevo trabajo se había convertido en un estilo de vida.

—De maravilla —dijo Mia, mientras jugaba con Nathan quien estaba parado sobre su regazo— ¿Verdad que nos va de lo mejor? ¿Verdad? —le hablaba al pequeño con voz tierna, mientras que lo hacía reír y saltar— ¿Verdad? Claro que sí, mi vida.

El afecto que había desarrollado por Nathan traspasaba cualquier cosa que tenía en mente al momento de llegar a esa casa. La forma en que lo trataba, el bienestar que la invadía cuando estaba a su lado, la hacían sentirse bien consigo misma, como si hubiera descubierto algo en la maternidad que nadie le había mencionado; lo que despertaba, de cierta forma, ese deseo instintivo de tener un hijo, y otro, y otro; y así sucesivamente hasta no poder más.

—Eso me gusta —dijo Noah, mientras que iba quitando la corbata y lo que acompañaba ese martirio de traje que usaba cada día—; sería horrible si no se llevaran bien.

—¿Qué no nos lleváramos bien? —Mia, fingió estar afectada por su pregunta, con un tono de voz retozado y una expresión caricaturesca

plasmada en el rostro. Levantó al pequeño y lo presentó frente al rostro de su padre— ¿Estás loco papá? Es imposible no llevarse bien conmigo —dijo, con ternura.

Nathan, no dejaba de regalarles su adorable y profundas risas que les encantaba a ambos.

—¡Claro que no, mi pequeño ángel! —dijo, imitando la voz tierna que usaba Mia y acercándose para cogerlo él mismo y abrazarlo con fuerza—; ¿Cómo pude haber dicho eso? Sería imposible no querer estar contigo.

Ambos, comenzaron a jugar con Nathan, utilizando ese momento en pareja (un poco reservados con la palabra familia), para ir borrando cada rastro de aflicción que quedaba en sus almas. Cada uno tenía sus propios fantasmas con los cuales pelear aun: él, con sus negativas emociones litigantes que lo amenazaban con volver si se llegaba a quedar solo de nuevo; y ella, incapaz de confiar del todo en el hombre del que se estaba enamorando cada vez más. Dada las circunstancias, Noah, sentía que debían abordar esos asuntos a su modo, por lo que dejaba que las cosas fluyeran a su manera, aunque, eso no evitaba que sintiese la necesidad de intentarlo una que otra vez.

Al cabo de un rato entreteniéndose, Noah decidió intentar de nuevo; luego de un suspiro de alivio tras una larga carcajada, comentó:

—¿Por qué no vienes a la oficina un día? Así puedes, no sé, cambiar de ambiente un poco.

—¿Cambiar de ambiente? ¿Para qué quiero cambiar de ambiente? Estoy bien aquí —dijo, mirando después a Nathan— ¿Verdad que sí? Estamos muy bien aquí.

—No digo que te quedes en la oficina —ajustó mejor lo que diría— sino que sería bueno tenerte un rato por allá ¿Sabes? Me ayudaría mucho —dijo, tratando de hacerla sentir mal, proyectando lastima con los ojos.

Para fortuna de Mia, no lo estaba viendo.

—No lo sé, es que no me agrada la idea de salir de aquí; me costó acostumbrarme a no tener una excusa para irme; justo cuando logro acomodarme ¿Me pides que salga? —se giró para verlo, sin saber lo que le esperaba— eres una persona...

Noah, no borró la expresión de su rostro ni la mirada de sus ojos.

—¡Ey! —exclamó ella, apartándose para no caer en su trampa— ¡No hagas eso! —apartando más el rostro, cerró los ojos y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro para evitar mirarlo— No, eso no es justo.

Viendo que ya no podía hipnotizarla con su mirada, Noah comenzó a gañir para meterse en su cabeza a través de sus oídos.

—No, no, no... no es justo —se quejó Mia—, ¿Por qué lo haces? —Noah no dejaba de hacer aquel sonido que la incitaba a abrir los ojos; necesitaba excusarse—. Te dije que no quería salir por ahora de la casa y que tenías que esperar... —pero Noah la interrumpió

—Por favor —dijo con ternura y encogiéndose de hombros— ¿Sí? ...

Las palabras de Noah lograron que lo mirase, haciéndola caer así, en su hechizo manipulador. Resignándose a éste, suspiró inconforme, causando que él se riera por la forma adorable en la que ella no aceptaba su derrota.

—¡Ah! —gritó en un acervo entre rabia y afecto incondicional— ¡Te odio! ¿Por qué eres así?

—¿Cómo? —preguntó entre risas—. Solamente digo que sería buena idea que vayas.

—¡Sí, claro! Cómo no.

Noah no podía contener su risa, burlándose de su compañera.

—Vamos, no será tan malo... —afirmó—. Además, tal vez te guste el lugar y quieras formar parte del negocio.

—¡Aja, sí! —se sobresaltó Mia— ¿Y qué se supone que voy a hacer?

¿Ser la organizadora de bodas de la oficina? —preguntó sarcásticamente—
¿Ah?

—Bueno, no específicamente... pero ¿Quién sabe? No es tan mala idea —se burló, alimentando la furia de Mia, quien comenzó a pegarle en el hombro sin infligirle dolor alguno, haciendo que se riera aún más.

—¡Eres de lo peor, Lozito!

—Vale, vale —trató de detenerla entre risas— está bien, ya... —se detuvo— pero no es mentira; tal vez puedas ser la organizadora de eventos de la empresa, creo que, si la compañía sigue creciendo, tendré que comenzar a realizar ciertos eventos que me darán más estatus en el nicho ¿Sabes? No sería tan mala idea.

—Organizo bodas, y cuido niños, Noah, no recaudaciones de eventos y los intereses de una potencia empresarial.

—¿Potencia empresarial?

—¡Lo que sea! ¿Sí? No comiences a burlarte de mí ahora.

—¿Qué? —preguntó entre risas—, no he dicho nada.

—Sí, ajá, más te vale.

Luego de discutirlo por segunda vez como personas civilizadas y maduras, Noah le convenció en definitiva para que fuera a la oficina uno de los días de la semana siguiente a esa. Con el tiempo que le puso entre un punto al otro, podría prepararse mentalmente para hacerlo y así todos serían felices. Su intención, nada lejana de lo que le había propuesto entre juegos, era que Mia se sintiera interesada en participar en la empresa, tener otra cosa en la que distraerse aparte de estar todo el día encerrada en el departamento, y, tal vez así, podría mejorar un poco su desconfianza con la vida. Pero, por desgracia, su humilde gesto tuvo más repercusiones de las que esperaba.

Cuando el día de su cita con el trabajo de su novio llegó, Mia no se sentía a gusto con la idea de encontrarse con personas nuevas. Sabía que, al ser la

pareja del jefe, tendría que socializar de cierta forma con aquellos a quién él la presentase, algo que, de seguro, haría; no quería ser la sustituta de Karen, ni mucho menos el centro de atención. Los nervios comenzaron a subirle por la espalda mientras que el elevador se iba acercando al piso en que el staff principal de Noah se encontraba.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándola abrazarse a sí misma.

—Sí, claro que estoy bien —respondió, obviamente mintiendo— ¿Por qué no habría de estar bien?

—No te preocupes, todo va a estar bien...

—Pero...

—No es nada del otro mundo, solamente vas a entrar, no es como que tengas que crear lazos íntimos con alguna de las personas que conozcas hoy —dijo Noah, presumiendo saber lo que le sucedía.

—No es solamente eso —se excusó, cambiando su postura por una más austera y con una mirada asesina en los ojos—, de hecho, tú sabes muy bien que no es eso.

—¿Qué? —preguntó alarmado, consciente de que había hecho algo mal — ¿Qué dije ahora?

—Sabes muy bien que no es porque tenga que tratar a las personas... sabes que es porque no me siento cómoda siendo presentada como tu novia, cuando apenas acabas de pasar por una pérdida... —contuvo el resto de su idea.

La mención de aquel evento, creó un mínimo e íntimo momento de tensión, que los dos lamentaron haber permitido que reluciera.

—Yo... —trató de disculparse Mia.

—Descuida —le restó importancia, consciente de que era algo que eventualmente debería poder soportar—, te entiendo... y si te hace sentir mejor, no tienes que presentarte con nadie; si quieres, puedes solamente ser

tú misma y no tratar a ninguno —asomó una sutil sonrisa, esperando que con eso se calmara el ambiente.

Mia, tomó de forma positiva aquel gesto de Noah y agradeció que tuviese la intención de no hacerla sentir mal. Al cabo de unos segundos, en lo que llegaron al piso al que se dirigían, las puertas del elevador se abrieron y todas las personas, ajenas a la llegada del aparato, se veían absortas en sus asuntos, dándole la impresión a Mia de que, por lo menos, el salir de casa no era gran cosa.

—Por ahora todo va bien —dijo ella.

—Te dije; no era para tanto; además, no hay tantas personas.

El piso de oficinas en el que Noah trabajaba, justo el último de un edificio que tenía pensado comprar algún día, estaba lleno de cubículos, papeles, fotocopadoras, personas yendo de un lado a otro y el clamor del oficio del que ella se había alejado desde un principio cuando decidió dedicarse a organizar fiestas para amantes (en su mayoría) primerizos.

—¿No? ... ¿Te parece? —preguntó con sarcasmo.

—Bueno, sí... tú me entendiste.

—Sí... Olvídalo. De todos modos, no se ve tan mal como parece.

—Sí, es peor —bromeó él.

Ambos rieron.

—¿Y, tu cubículo, cuál es?

—Buen, es un poco difícil encontrarlo con tantos parecidos por aquí — fingió buscar entre la multitud—; ¡Aja! Creo que lo encontré.

—¿Dónde?

—Allá, ese, el que está al lado de esa ventana —señaló la inconfundible oficina gris carbón que dejaba en ridículo al resto de las oficinas.

—¿Cuál? ¿La pequeña? —dijo, refiriéndose al enorme ventanal que iba de punta a punta y que daba una espléndida vista de la ciudad.

—¡Sí! Ese mismo.

—¡Oh, pero que humilde!

—No has visto nada.

Paso a paso se fueron acercando a la oficina de Noah, compartiendo un momento de calidad, riéndose a carcajadas de sus propias ocurrencias. Y de pronto, sin darse cuenta, pasó. En comparación con la última vez que sintió aquella extraña sensación en la boca, incierto y discordante con ese agradable instante que estaba teniendo con Mia, no hizo mucho para advertirle lo que estaba por ocurrir. A unos escasos centímetros de ellos, su abogado se preparaba para entregarle una serie de documentos que requerían de su ojo crítico y que debía llenar debidamente; un asunto aparte que no guardaba relación con lo que estaba a punto de suceder.

A lo lejos, Noah notó que Carl se estaba acercando, mientras que Mia, paseaba su mirada en los alrededores de la oficina, observando la forma en que todos se ocupaban en sus asuntos, ignorando el desenlace de aquella escena.

—Oh mira; ahí viene Carl —dijo Noah, entusiasmado de qué Mia conociera al amable hombre que compartía nombre con su ex.

—Carl... —dijo Mia, luego de gruñir y decir su nombre con asco— odio ese nombre —sin apartar su mirada de las atracciones turísticas de aquella oficina.

—Te aseguro que no notarás que se llama Carl; es un tipo realmente agradable.

Hasta que llegaron. Casualmente, Mia se giró, observando una caja de donas (al mejor estilo de una película), colocada estratégicamente sobre una mesa que se encontraba a espaldas de un cubículo; tentada a coger una, se acercó a ella, dejando que su pareja fuese a encontrarse con aquel desagradable Carl. Noah, por otro lado, creyó que la tenía al lado, y al sentir

que no hizo ninguna expresión de odio, supuso que había aprobado su presencia.

—Señor Noah —dijo Carl.

—Hombre, te dije que solamente me digas Noah —lo interpeló, haciendo que perdiera la poca confianza que había acumulado para acercarse con seguridad.

—Oh, Noah... sí —vaciló— quería decirle que...

—Olvida eso, quiero presentarte a mi novia —dijo emocionado—; quería que la conocieras porque... —girándose para darse cuenta que no estaba a su lado.

Mia, con la dona en la mano, se acercó a ellos, sin percatarse de la presencia invasiva de su ex. Concentrada en su manjar, continuó como si nada, luego de aproximarse a los dos hombres que hablaban de ella.

—A qué no adivinas lo que me encontré —dijo, antes de levantar la mirada— una caja d...

Repentinamente, se tragó las palabras, ahogándolas en un acopio de sentimientos iracundos y llenos de odio, en donde encontraba cientos de pensamientos e insultos que se debatían unos contra otros sobre cuál debía salir primero y atezarlo con un golpe mortal de improperios.

—¿Carl? —Exclamó ella, siendo la única palabra que logró decir.

La expresión de asombro de los dos, no era lo suficientemente amplia para abarcar todo lo que estaban pensando en ese momento.

—¿Carl? —Repitió Noah, girándose para verla, tras identificar la intensidad en sus palabras— ¿Lo conoces? —al deducir su expresión perdida y llena de asombro entendió lo que sucedía—: ¿Él es Carl?

¿Cuáles eran las posibilidades? Carl, no esperaba verla de nuevo en toda su vida luego de la grandísima estupidez que había cometido un año atrás, mientras que ella, incluso habiendo tenido con qué prever todo eso, no

conseguía asimilar esa maldita coincidencia (como ella le dijo en sus pensamientos). Noah, los veía a ambos, tratando de medir el tamaño de sus rostros perplejos mientras que comprendía a fondo el principio de la improbabilidad.

—¿Qué demonios haces aquí? —dijo ella.

TERCERA PARTE: RENOVACIÓN

IRASCIBLE

En posición fetal, sobre las mismas sabanas en las que alguna vez durmió en su adolescencia, trataba de no pensar en nada, sumergiéndose en la oscuridad de aquella habitación. Su madre intentaba tocar la puerta constantemente para luego desistir tras entender que podría no ser buena idea. Los días después de aquel encuentro habían pasado tan rápido como el encuentro mismo sucedió. La idea de encontrarse con Carl de nuevo nunca se le había ocurrido, lo que, de cierta forma, disparó en ella cosas que creía haber olvidado ya.

Al principio, solamente sentía un enojo irracional, que acompañaba con preguntas como: ¿Por qué está aquí? ¿Qué quiere ahora? ¿Por qué volvió? Para luego, angustiada, decidir huir de todo eso y cambiarlas por: ¿Por qué tuvo que regresar? ¿Por qué a mí? ¿Por qué se obsesiona tanto en arruinarme la vida? La seguridad en sí misma de la que alguna vez se sintió orgullosa y que fue regresando lentamente con la ayuda de Nathan y Noah, desapareció de golpe en el momento en que Carl apareció en la oficina de su novio.

—Mia... —dijo Carl el día que se encontraron en la oficina.

Al igual que ella, sintiéndose tan desgraciado como nunca y consciente de que su presencia cambiaba por completo el panorama. La forma en la que las cosas habían ocurrido hasta ese entonces, le hicieron suponer que de alguna manera su vida se estaba ordenando ante sus ojos, demostrándole que, aunque se había equivocado en el pasado, ahora podría empezar de nuevo dejándolo todo atrás. Durante meses intentó buscar una forma de disculparse con Mia, pero desistía luego de pensarlo muy bien dado que no tenía la confianza suficiente como para enfrentarse a ella tras haberlo arruinado todo. Ahora, como si el destino lo odiase más de lo que él se odiaba a sí mismo, la puso en frente del peor modo posible: siendo la pareja de su jefe.

En cuestión de segundos, unió los cabos sueltos y entendió lo que estaba pasando.

—Carl ¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué quieres?

—Mia, yo... no sabía que tenías que ver con... —intentó razonar él.

Mia, no se sentía en posición para escucharlo, mucho menos para en razonar con él. Su presencia revivía un momento desagradable de su vida, cosa que no permitiría que se apoderara de ella de nuevo, aunque no se resistió lo suficiente. Enojada, sentía que ese era el peor colmo de su vida: luego de armarse de valor para salir por motivos ajenos al trabajo del departamento, tenía que encontrarse con él.

—No me importa, Carl ¿Por qué carajos tenías que aparecer de entre todos los lugares aquí? ¡Por qué!

Noah intentaba analizar lo que los llevó a ese punto, los eventos que lo condicionaron, las coincidencias, las personas involucradas. Nada parecía tener sentido en ese momento, porque, mientras que Carl intentaba defenderse de Mia, esta arremetía contra él con gritos y preguntas mordaces.

—¿No podía quedarte tranquilo con la maldita puta de Alice? ¡No! Tenías que venir a arruinarme la existencia de nuevo ¿Verdad? ¡Verdad!

—Mia, yo...

Su novio no sentía que fuese apropiado intentar calmarla, nunca la había visto así, además, entendía lo mucho que eso le enojaba por lo que se apartó un par de pasos para evitar ser golpeado por su clamor.

—¡Nada! Carl. Vete de aquí. ¡Vete, de mi maldita vida!

Algunos escucharon los gritos de Mia, quien arremetía contra él con furia, otros simplemente la ignoraron o no tuvieron oportunidad de escucharla, pero, el único afectado, Carl, no hallaba como defenderse de todo eso. ¡Mia tenía razón! Él era una escoria, un parasito que le arruinaba todo ¿Cómo era posible que estuviera ahí? ¿Acaso su intención era molestar a Mia

inconscientemente? Su nivel de desconfianza, producto de una serie de malos eventos y pésimas decisiones, habían hecho añicos lo que quedaba de su autoestima.

Ahora, después de aquel encuentro inesperado, ninguno de los dos pudo resolver sus problemas. Luego de que la situación se tornase más complicada, Noah intentó calmarla, llevándolos a ambos a la privacidad de su oficina. Cerró las persianas y la puerta para que nadie viese o escuchase su cólera. Sin mejora alguna, continuó gritando. La discusión no parecía mejorar hasta que, presa de la histeria, se rindió por completo.

Noah intentó detenerla, pero Mia se las arregló para salir corriendo del lugar sin rumbo fijo. El encontrarse con Carl había despertado los fantasmas de su pasado, haciéndole suponer que todo eso era un mal augurio. No quería volver a repetir los desagradables sucesos que la llevaron hasta ahí, por lo que decidió que era mejor idea huir sin mirar atrás.

Noah, no supo qué hacer; incapaz de detenerla, y de saber qué hacer con Carl, estaba en medio de una situación delicada que le costaba digerir. Y, en una vorágine de confusión e ira, se desquitó con el culpable.

—Señor Noah, yo...

—Carl, disculpa —habló con acerbo, cabizbajo y sin intención de mirarlo a los ojos— pero no puedo hacer esto ahora; mejor vete y luego vemos que haremos ¿Sí?

Sintiéndose peor de lo que ya lo hacía, se marchó de la oficina sin más nada que decir. Ahora, su antiguo amor estaba interponiéndose en su futuro, haciéndolo pagar por lo que alguna vez hizo. No podía quejarse, molestarse ni sentirse culpable; ahora, todo lo que le quedaba era seguir con su vida ya que, buscar el perdón de Mia era una tarea imposible. Inquieta, insegura e infeliz, luego de tres días sin tener contacto con sus allegados, ella se hallaba encerrada en su habitación, en posición fetal, lamentando su vida.

No había nada allá afuera que pudiera mejorar su vida, y de haberlo, no se iba a molestar en salir a buscarlo.

PERDÓN

Luego de dos días solo con Nathan y sus pensamientos, Noah tuvo tiempo suficiente tiempo para pensar mejor la situación. Estaba seguro que la actitud de Mia hacía Carl se encontraba justificada, que incluso, la manera en que lo enfrentó, era apropiada tomando en cuenta lo que había pasado. Parte de su empatía hacía él, se debía al poco tiempo que interactuaron sin que esos eventos se sacaran a relucir. Tal vez eso era lo que necesitaba para ver el panorama completo. Consciente de que aquel hombre era un buen abogado (a pesar de que le faltaba mucho para descubrir todo su potencial), sentía, muy en lo profundo de su ser, que se merecía el perdón, a pesar que no dependía de él dárselo. Sin embargo, ese era el menor de sus problemas.

—¿Mia se encuentra bien? —preguntó Noah, hablando con Carol por teléfono— ¿No ha hablado con ella?

—No... —respondió ella, desilusionada— lo siento mucho... —no podía decirle más nada que ya no le hubiera dicho. Se sentía tan mal como él y sabía lo mismo: nada. Mia era un dilema para ambos y, el que estuviese encerrada en su habitación, no ayudaba para nada en situación.

—¿No ha podido hablar con ella entonces? —insistió Noah.

—Lo siento mucho, hijo... —no sabía de qué otra forma decírselo.

—¿No cree que si voy...?

—¿Qué crees que puedes hacer para hacerla responder? —Preguntó Carol— ¿Cómo piensas hacer que deje de esconderse?

—Si tan solo pudiera estar ahí, hablar con ella en persona, tal vez podría...

—Pero no lo estás, hijo; estás muy lejos, y no creo que...

Y en ese momento, sonó en el timbre de su casa.

—Ya va, tengo a alguien en la puerta.

Carol, caminó hasta el umbral de su casa para atender su visita, cuando, en lo que apartó la cortina de su ventana para saber quién era, se encontró con el hombre del que su hija tanto le había hablado.

—Estas... —dijo, con el móvil en la mejilla.

—Estoy aquí —continuó Noah—, por favor, déjeme entrar.

Carol, dejó entrar a Noah a su casa, sorprendida por la forma en que dio con la dirección de su casa. Mia, nunca le había comentado en donde quedaba porque no le pareció relevante aquella información, aunque, sin pensar en limitaciones, consiguió la manera y llegó a su paradero. Sin pensar en formalidades, colgando la llamada, tras preguntarle a la madre de su motivo para estar ahí, se abrió paso por la casa hasta la habitación. Ya en frente de la puerta, la tocó.

Tres suaves golpes y nada.

— No responde... —trató de decirle Carol a Noah.

Otros tres golpes, y nada.

— Ya lo he intentado todo —agregó— ya te dije que no quiere salir de ahí.

Noah, volvió a tocar, cuatro veces más de las que su madre había intentado los últimos tres días. Cansada de escuchar los insistentes golpeteos, se comunicó por primera vez.

— ¡No quiero nada, mamá! ¡Déjame en paz!

— Mia, por favor, no sigas con esto —exclamó Noah al otro lado de la puerta.

Sin esperarse que esa fuera la voz que escucharía, se levantó de repente, sin saber exactamente qué hacer. Con su madre, era diferente, ya que una vez que no decía nada, ésta dejaba de molestarle hasta la siguiente vez que sentía apropiado llamar su atención.

— Noah —dijo ella— Tú...

— Mia, por favor, no sigas haciendo esto, por favor, sal...

Los últimos dos días sin ella, luego de acostumbrarse a estar a su lado, habían sido una tortura difícil de soportar. La soledad no era lo suyo, no cuando una persona tan especial como ella estaba en el mundo y no quería seguir a su lado.

— Por favor, no soporto más esto.

— Noah —levantó la voz— no quiero...

— Sal de ahí y hablemos —la interrumpió.

Sin saber exactamente qué hacer, se fue acercando lentamente a la puerta, tentada a abrirla. Tras varios segundos de silencio, Noah volvió a tocar la puerta, incitándola a actuar de una vez. Tomada por sorpresa, la abrió de repente.

— Noah —dijo, luego de abrirla.

Aprovechando la abertura, Noah se acercó a ella y la metió en el cuarto, cerrando la puerta a sus espaldas. Ya adentro, le abrazó con fuerzas.

— No te vuelvas a ir, por favor.

Mia, se dejó abrigar por el calor que de Noah emanaba. La forma en que la abrazó, le hizo sentir que el universo entero se alineaba a la perfección para que ella pudiera ser feliz. Absurdo e inexplicable, su razón para alejarse de él perdió sentido por completo, llevándola a quebrar en las lágrimas que se estaba guardando.

— Por favor, no me dejes otra vez.

Sin ánimos de dejarla ir, comenzó a besarla sin avisarle, queriendo recuperar el tiempo perdido que pasó sin ella. La vida no significaba lo mismo si Mia no estaba junto a Nathan y a él. Las palabras sobraban, pero lo que hizo fue más que suficiente para hacerle entender por qué deberían estar juntos. La plenitud que les invadió a ambos en aquel momento, sirvió como remedio para todos sus males. Incapaces de resistirse el uno al otro, sus besos

los llevaron a la cama, en donde se acostaron para estar abrazados y cómodos. Luego de disfrutar en silencio sus presencias y mirando al vacío, ella habló:

— ¿Cómo supiste en donde estaba?

Noah, aclaró su garganta, inseguro de si era buena idea decirle o no. Acariciando el brazo de su amada, mantuvo el silencio.

— ¿Noah? Querido ¿Cómo lo supiste?

— Este... —esperó no hacerla molestar, y tras una pausa dramática, se lo hizo saber en un suspiro de resignación—... Carl.

Irritada de que el nombre de Carl fuera tan inconveniente incluso cuando intentaba ser feliz, trató de moverse escandalizada, pero Noah la apretó con fuerza impidiendo que se zafara de sus brazos.

— Noah... —exclamó, con la intención de comenzar a gritar para que la soltase...

— Ya, ya... tranquila —le interrumpió él—, no te molestes...

— Cómo que no me moleste ¿Por qué hablaste con él? ¿No ves que...?

— ¿Qué querías que hiciera? Necesitaba verte y no había forma de encontrarte —confeso, logrando que dejase de moverse por unos segundos.

Las palabras de Noah consiguieron hacerla sentir un poco mejor, por poco, logrando que olvidase lo que le estaba molestando. Pero, el odio que sentía por Carl era más grande que eso.

— No... —se movió, aunque un poco menos—, eso no cambia nada...

— No tuve más opción... tuve que hablar con él —agregó Noah.

— ¿Y eso qué? —preguntó, dejando de batallar con los brazos de Noah.

— Que me dijo tu dirección con una condición.

— ¿Cuál?

— Que no volviera a aparecer en nuestras vidas.

Aquella condición, de cierta forma, le alegró un poco; aunque, no pudo evitar sentir que estaba haciendo mal.

— Pero esa condición la puso él, no yo —agregó Noah—; yo tenía la intención de preguntarle y comentarle que intentaría que le dieras tu permiso para que siguiera trabajando para mí, pero, él dijo que no quería seguir causándote problemas.

— ¿Y le creíste? —preguntó, incapaz de sentir compasión por él.

— Claro que le creí —afirmó—. Tal vez no lo conozca como lo conoces tú, pero, el hombre sinceramente se sentía arrepentido —vaciló—. Me dijo que: si trabajar para mi significaba que estarías mal, sería mejor resignarse. Para serte honesto, me dio un poco de lastima.

— Eso no me convence. No creo que se merezca nada.

— Bueno, de todos modos, ya no trabaja para mí; decidió que era mejor arruinar su carrera completa en vez de tener que enfrentar la eventual desgracia de pedirte perdón. Supongo que es algo que quería hacer, pero no tiene el valor para pedirlo.

La forma en que Noah le hablaba, iba inoculando lentamente la idea sin avisarle. Seducida por el placer de estar abrazada al hombre que ahora amaba, ignoró por completo lo que su nuevo amor estaba intentando hacer que hiciese. Él, tenía la mejor intención del mundo, a pesar de saber que, quien tenía en sus manos el perdón real, era ella; solamente Mia sería capaz de determinar el futuro de aquel hombre, quien, aun siendo un patán, podía ser perdonado; no porque se lo mereciese, sino porque era posible.

— ¿Qué no tiene el valor? —lo tomó a mal— Pues sí tuvo el valor de engañarme con Alice, estando comprometido conmigo. ¿Crees que eso lo hace alguien que no tiene «el valor»? No me parece.

— Puede ser, puede ser. Pero... —Noah se acomodó en la cama para ver a Mia desde arriba sin tener necesidad de soltarla ni levantarse; habiendo logrado contacto visual, agregó—: pensó que sería justo que, si él te había arruinado la vida, ahora eras tú quien tenía el derecho de arruinar la suya, así como si nada.

Leyendo su verdadera intención en la mirada que le estaba dando, pero incapaz de contrarrestarla sin conseguir perder en el intento, suspiró resignada. Las palabras de Noah eran lo suficientemente honesta como para tomarlas en cuenta, y, que alguien como él, cuyo juicio parecía el de una persona detallista (algo que había descubierto con los meses que estuvo a su lado), le hacían dudar un poco al respecto de la posición de Carl. Sin embargo ¡Eso no cambiaba nada! No cambiaba el hecho de que la había engañado con su mejor amiga, ni que lo que hizo era imperdonable, pero, mientras más lo odiaba, más daño se hacía ella. Cerrando los ojos para defenderse del encanto del hombre que ahora tenía control total sobre ella, respondió:

— Supongo que tienes razón —respondiendo ella a su intención más que a sus palabras.

UN NUEVO CICLO

Los meses y años pasaron y Mia comenzó a sentir que debía agradecerle a la vida. Tal vez había atravesado ciertas experiencias negativas que arruinaron, de cierto modo, la manera en que la vivía, pero, esas mismas desgracias la llevaron a conocer al hombre con el que en realidad sentía que debía crear un futuro. Aun se le hacía difícil adaptarse al cambio, sin embargo, sentía que debía acostumbrarse a que las cosas simplemente sucedían y que, así como aquel que ahora calentaba su corazón podía afrontar la pérdida de la mujer que amó con todo su ser y, aun así, podía darle un buen lugar en su vida a ella, ¿Por qué no podía hacer lo mismo?

Ciertamente era difícil, pocos tenían la capacidad para sobreponerse a las adversidades con facilidad; ella no era uno de esos, pero tenía apoyo. La vida junto a Noah y Nathan habían acomodado ciertos aspectos de su día a día, regalándole momentos felices, encuentros maravillosos y el placer de la compañía.

Mia, representaba eso que nunca se había esperado y con lo que ahora no quería dejar de vivir. Con tiempo y paciencia, se había ganado un lugar en su familia, haciéndolo feliz incluso sin esfuerzo alguno. Los días dejaron de ser iguales luego de que comenzó a amarla, el trabajo dejó de ser un problema y el placer de estar vivo, se sentía presente. Ciertamente, Karen había sido el amor de su vida y eso nunca lo iban a poder cambiar, pero, Mia, supo llenar ese vacío que la ausencia de su esposa había dejado, volviéndolo de nuevo un hombre dichoso.

Nada les hacía falta mientras estuviesen juntos. Sin pensar mucho en el asunto, se dedicaron a ser felices y ya; apuntando al futuro, convencidos de que, mientras estuviesen juntos, todo saldría de maravilla.

—¿Estás listo? —preguntó Mia a Nathan.

—¡Sí, mamá! —exclamó el pequeño, quien ahora gozaba de la edad de cinco años.

—Papá está esperando en el trabajo, ¿Ya sabes qué vas a hacer?

—Sí —respondió en seco, para luego recitar las ordenes de su madre mientras se colocaba los zapatos—, no voy a correr, no puedo gritar, no voy a molestar a papi si está ocupado —decía, golpeando las palabras, con dificultad para pronunciar algunas palabras— no voy a...

—No vas a llorar ni te vas a molestar con mami ni papi.

—No voy a llorar ni me voy a molestar con mami ni papi.

—¿Y...?

—Y soy un niño maravilloso y sabio, y el más feliz del mundo.

—Bien —vitreó Mia— ahora vámonos.

Acompañada de Nathan, la organizadora de eventos de la compañía fue hasta la oficina del jefe para llevarle la añorada visita del niño más feliz del mundo. Caminando por los pasillos entre los cubículos, ya no sentía la necesidad de observarlo todo.

—¡Papá! —gritó Nathan, al llegar al umbral de la oficina— ¡Llegué!

A carcajadas y alegre, Noah abandonó lo que hacía y se arrodilló para recibir a su pequeño hijo.

—¡Ya vi que llegaste! —dijo entre risas—; qué bueno que llegaste.

—Sí... papi, te extrañé.

Detrás de Nathan, entró su nueva madre, quien le costaba seguirle el paso. Mirando al interior de la oficina, saludo cortésmente.

—Cómo estás Carl —dijo Mia, sonriendo con amabilidad.

—Muy bien, señora Lozito —respondió él, con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Ya te dije que no me dijeras señora —exclamó, intentando parecer molesta— dime Mia.

—Sí, señora Lozito —respondió, sin borrar la expresión burlona.

—Ya, ya, dejen de discutir —dijo Noah, levantándose para darle un beso a su esposa— ¿Cómo estás, mi amor?

—Cansada, pero estoy bien —dijo—, como si estuviera más gorda, no sé —agregó con sarcasmo, acariciándose el enorme vientre en donde reposaba su hija—. No sé qué podrá ser.

Riéndose con sutileza, se apartó para hacer lo mismo que ella.

—¿Cómo amaneció mi pequeña? —preguntó Noah, con ternura.

—Pateándome, creo que está desesperada por salir.

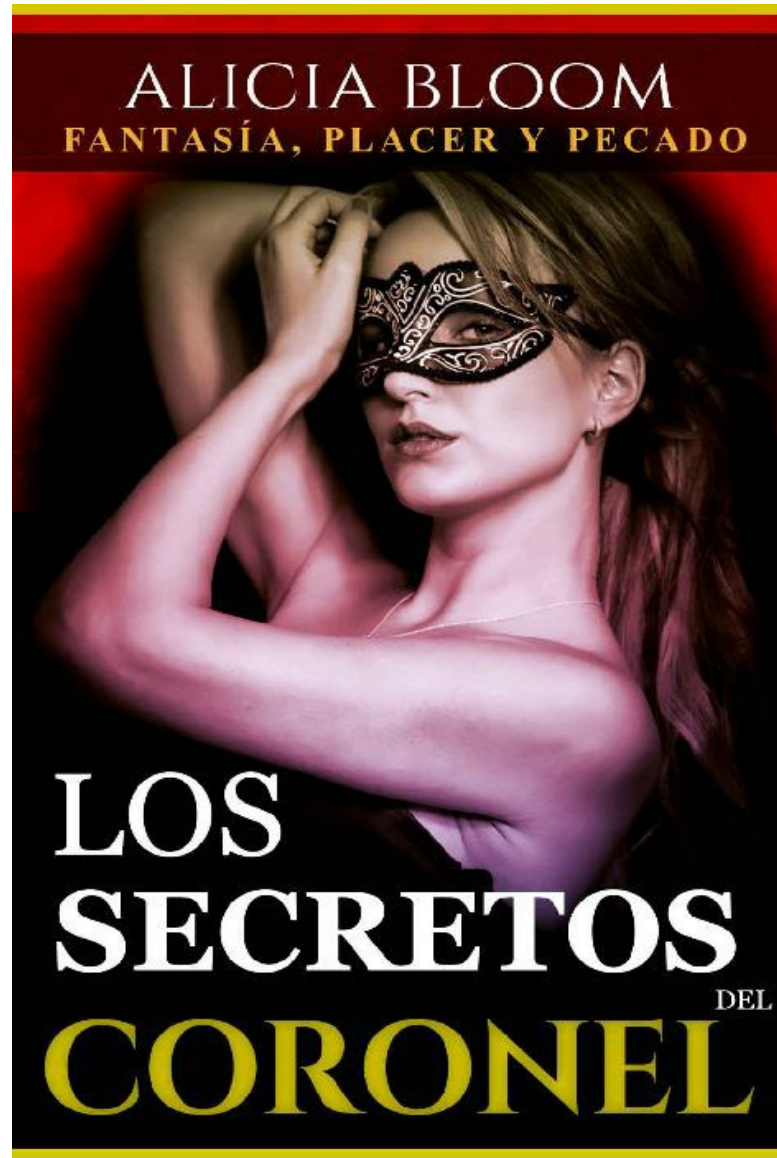
—¿Quién no lo estaría?

Mia, observaba a Noah acariciar su vientre, satisfecha de que su hija tendría al mejor padre del mundo. Aquel hombre que la ayudó a reencontrarse con la felicidad, pasó a ser una de las personas más importantes en su vida y, gracias a eso, estaba feliz. Sentía que no podía querer algo más ahora que lo tenía todo. Contenta, levantó la mirada y le regaló una sonrisa amistosa a Carl, quien, luego de recuperar arduamente su confianza, se había ganado el derecho de ser el padrino de su hija. Ella, había preferido perdonar y seguir adelante, consciente de que, lo único que la detenía para ser feliz era ella misma.

Noah y Mia, pasaron de ser dos almas que alguna vez llegaron a romperse, a conseguir en la otra, las piezas para armar un mundo nuevo. El perdón, la aceptación y el afecto incondicional, hicieron de ellos lo que eran ahora.

*** FIN ***

NOVELAS RECOMENDADAS



[Leer Novela Completa](#)

Una Novela que ELEVA LA TEMPERATURA y HACE QUE LAS PRENDAS CAIGAN POR EL SUELO junto a los Prejuicios y el Sudor.

Coronel Del Río

La complicidad de la noche y sus sombras eran sus leales confidentes, guardianes de sus más íntimos secretos y sus aberrados apetitos. Su lujuria insaciable y su doble vida se mimetizaban tras la falsa apariencia de un padre de la patria, hombre ejemplar, padre de una hermosa hija, coronel de la República, condecorado combatiente y estratega militar que había consagrado su existencia a la lucha contra carteles y grupos insurgentes.

Un coronel cuya hija no podía imaginar lo que ocultaba detrás de su fachada de honorabilidad y prestigio.

Porque al fin y al cabo todos tenemos una sombra y en ella ocultamos nuestros mayores secretos, nadie está exento de ello, por fortuna...

Sin darse cuenta había empezado a desarrollar un nuevo apetito por el juego, un nuevo vicio se sumaba a su larga colección de aberrantes y secretas adicciones.

La relación con su hija era buena, como cualquier familia... gris, cubierta de máscaras y sombras profundas llenas de secretos.

El Candil Del Diablo

El oscuro antro donde pasaba sus momentos más secretos y realizaba sus deseos más perversos, sentía una fuerte atracción como si fuera víctima de un magnetismo infernal, una fuerza demencial que lo atraía hacia el averno, hacia el pecado, lo llevaba como un perro sin bozal hacia la presa, una presa que sería su condena que tenía nombre... Valery

Valery, conocida en el ambiente como una experimentada sacerdotisa del pecado, abrumadora pero adictiva, toda una hechicera hacedora de orgasmos, parecía que podía hacer realidad cualquier fantasía por loca y extravagante que esta fuera.

Liana, La hija del Coronel Del Río

Una chica angelical que realiza una locura que nunca imaginó realizar en su vida y ahora ya no sabe cómo voy a vivir sin eso, La joven angelical ha librado sus más oscuros deseos, desatado sus demonios y le fascina.

Fragmentos de la novela

“Siente su corazón entre las piernas y le encanta.”

“Su lívido se desata hasta rayar en la locura, el tiempo parece detenerse y los besos son como olas de placer llevándola a lo más profundo de ese mar oscuro que habita en la entrepierna de aquella novicia compañera.”

“Estar con ella en estas circunstancias es como vivir un sueño, un sucio, delicioso y pervertido sueño.”

“Llega de nuevo el orgasmo y las piernas no resisten, caen sobre el piso mientras tiemblan y se contorsionan de placer, un volcán ha hecho erupción y ...”

“... era precisamente este poder de convencimiento lo que la hacía una gran cazadora de chicas jóvenes e inexpertas, manejaba chicas de todos los sectores de la ciudad y diferentes condiciones sociales.”